



CAFÉ DEL CERRO: MOMENTOS DE UNA HISTORIA

**FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES
PROGRAMA ESPECIAL DE TITULACIÓN
PET 2016-2017**

**Alumna: María Eugenia Meza Basaure
Profesor Guía: Patricio Martínez Torres**

*A mi familia ausente, que no pudo ver este momento.
A mi familia presente, sin la cual no estaría aquí.*

Octubre, 2017

Tabla de contenido

Tema

- Justificación
- Relevancia
- Hipótesis

Perspectiva utilizada

Metodología

- El reportaje
- Motivación
- Objetivos y preguntas
- Objetivo general
- Objetivos específicos
- Preguntas

Alcances y limitaciones

Plan de fuentes y entrevistas

- Fuentes vivas
- Fuentes documentales
- Bibliografía
- Documentos en línea
- Páginas web consultadas
- Filmografía consultada

Café del Cerro: momentos de una historia

A tablero vuelto

En datos duros

Las otras vidas del Café

Las claves del engranaje

Una presencia nada fugaz

Hablemos de ese “ícono de los tiempos”

Recuerdos del presente

¿Por qué cerró el Café?

Tema

El tema de este proyecto es los espacios de resistencia cultural a la dictadura, en específico la historia y proyección del Café del Cerro.

Busca relatar, en las voces de sus protagonistas, la historia del Café del Cerro, exponer el contexto en que se desarrolló este lugar neurálgico de la música popular chilena de resistencia y dibujar su trascendencia como espacio de memoria.

El Café del Cerro nació en los comienzos de los 80 -y permaneció en pleno funcionamiento hasta el año 1992- en el Barrio Bellavista, que daba los primeros pasos para constituirse en el epicentro de una recién recuperada vida cultural, gastronómica, artística y nocturna santiaguina, que surgía sin permiso explícito y no exenta de problemas.

Allí, el autogestionado Café del Cerro se consolidó, muy rápidamente, como un espacio creativo que luchaba contra la violencia de Estado, reconstruyendo sentidos por medio del arte. A la vez, se instaló como uno de los sitios emblemáticos del barrio y como el más profesional de los locales destinados a acoger las diversas expresiones de la música popular de avanzada o 'alternativa' de los 80. Alternativa, a falta de mejor nombre, porque presentaba y postulaba planteamientos estéticos, poéticos y políticos fuera del canon oficial que el poder y los medios de comunicación -como la televisión, la mayoría de las radios y de los diarios- consagraban.

Justificación

La revisión bibliográfica disponible indica que la memoria del Café del Cerro es un espacio recordado y presente en el imaginario de los 80, pero poco

investigado y analizado dentro de la historia cultural de Chile. Una parte importantísima de la música de creación nacional, e incluso de otras expresiones culturales como el teatro y el humor, encontró allí donde expresarse, por lo que resulta mención obligada en muchas investigaciones referidas a diversos aspectos de la contracultura de los años 80. Su valor está también cruzado por el hecho de ser un interesante modelo de gestión cultural exitoso en circunstancias adversas y sin apoyo externo alguno.

Durante cerca de diez años, fue el referente de la música nacional. Desde el jazz al folklore, desde el Canto Nuevo al rock, con espectáculos diarios de gran aceptación de público, y mucha trascendencia nacional e internacional, llegó hasta a las páginas de los diarios y revistas santiaguinos de circulación nacional. Sus más de tres mil espectáculos, vistos y ‘experimentados’ por sobre 500 mil¹ asistentes lo consolidaron. Esa es la historia que se busca investigar.

Relevancia

Al estudiar la historia de fines del siglo pasado en nuestro país, en un contexto marcado por los 17 años de dictadura cívico militar, resulta clave rescatar la memoria de los espacios que acogieron la resistencia cultural, o las propuestas alternativas a la cultura oficial, que emergieron y lograron instalarse pese a la violencia de Estado imperante. Sin embargo, este es un ámbito hasta ahora muy poco estudiado.

Pese a su trascendencia, el Café del Cerro solo ha sido protagonista -hasta donde ha sido investigado para este proyecto y por el testimonio directo de sus dueños- de las tesis “El Café del Cerro: una casa para el Canto Nuevo” de Javiera Barros, para postular al grado académico de Licenciada en Música,

¹Cifra proporcionada por sus dueños, según venta de entradas a los espectáculos. No considera el público que solo concurrió a él como restaurante en otros momentos del día.

opción Musicología, del Instituto de Música de la PUC (no publicada); “Café del Cerro: toda una historia”, trabajo de titulación de Emerson Jiménez Acero, para optar al título de Periodista en la Universidad de las Américas, y la investigación -igualmente inédita- “Café del Cerro (1982-1992). Resistencia cultural en Dictadura”, de Lautaro Chamorro.

También aparece en “El canto nuevo censurado”, de Francisca Rojas y Francisca Salinas, tesis para postular al título de Periodista de la Universidad de Santiago (también inédita).

Por otra parte, el Café es mencionado en diversas publicaciones como en “El Canto Nuevo Chileno. Un legado musical” (Editorial Universidad Bolivariana, Santiago de Chile, 2007) de la periodista y musicóloga Patricia Díaz-Inostroza; “Ecos del tiempo subterráneo”, de los periodistas Gabriela Bravo y Cristián González (LOM Ediciones, Santiago de Chile, 2009), así como en otras mencionadas en la bibliografía.

Sin embargo, esas investigaciones no han dado cuenta en profundidad del valor del Café del Cerro que, en el escenario cultural de los 80, aportó un espacio privilegiado a la música y fue, también, una fuente de trabajo. Su valor e importancia no solo permanece en la memoria de quienes fueron sus protagonistas -gestores, músicos, público, periodistas- sino que es parte de la memoria colectiva, ya que tiene un lugar en el imaginario de los 80, como lo demuestra la recreación que hizo de él la serie homónima de Canal 13, y el Tributo al Café del Cerro que realizó la Municipalidad de Providencia en el año 2014, y que despertó un enorme interés, tanto en el público como en la prensa: las 1.200 entradas puestas a disposición por la municipalidad se agotaron en las primeras tres horas de la convocatoria, y la prensa le dedicó notas y entrevistas en medios escritos, radiales y de televisión.

Hipótesis

En los 80, el Café del Cerro fue un espacio icónico de la contracultura. Resulta por ello relevante rescatar su historia, e inscribirla en la memoria político-social y cultural chilena, ya que sólo lo que se escribe es histórico y permanece, siguiendo la idea de Robin George Collinwood, filósofo e historiador inglés (fallecido en 1943), quien teorizó sobre lo inevitable de la subjetividad en las reconstrucciones históricas, reconociendo que un hecho o acontecimiento histórico no existe mientras no es registrado.

Perspectiva utilizada

Este reportaje se instala en la rama del periodismo llamada periodismo cultural, y asume la definición que de él hace el especialista argentino Jorge Rivera, quien afirma que "se ha consagrado históricamente con el nombre de periodismo cultural a una zona muy compleja y heterogénea de medios, géneros y productos que abordan con propósitos creativos, críticos, reproductivos o divulgatorios los terrenos de las 'bellas artes', 'las bellas letras', las corrientes del pensamiento, las ciencias sociales y humanas, la llamada cultura popular y muchos otros aspectos que tienen que ver con la producción, circulación y consumo de bienes simbólicos, sin importar su origen o destinación estamental" (Rivera, 1995: 19).

Así, el periodismo cultural se ha ido constituyendo, más en la práctica que en la teoría, en una rama del periodismo equivalente al periodismo político, el económico, el internacional o el deportivo. Cada uno de ellos requiere una especialización que implica conocimientos diferenciadores de la formación -ya sea formal o informal- de los profesionales que los desarrollan. En el caso

particular del periodismo cultural, este requiere conocer, al menos, nociones de estética, historia del arte, literatura y artes visuales.

Son necesarias, de todas formas, dos aclaraciones: si bien todo el periodismo es cultural, ya que se trata de una elaboración sobre la realidad, no todo periodismo que hable de creaciones culturales forma parte de esta rama. Una información sobre el lanzamiento de un libro o la apertura de una exposición que solo consigne sus datos básicos no es propiamente periodismo cultural. En cualquiera de los dos casos, se precisa una aproximación más profunda, que ubique a los autores en un contexto estético-social, que aporte elementos de análisis que permitan al lector una comprensión de su obra.

Como indica en su texto "Defensa de la utopía" Tomás Eloy Martínez -uno de los creadores del Nuevo Periodismo Iberoamericano en conjunto con Gabriel García Márquez y artífice del suplemento cultural *Radar* del diario Página 12- "a semejanza del artista, el periodista es también un productor de pensamiento". Y continúa: "El periodismo cultural encuentra su sistema actual de representación y la verdad de su lenguaje en el momento en que el nuevo periodismo impone su ética. Según esta ética, el periodista no es un agente pasivo que observa la realidad y la comunica; no es una mera polea de transmisión entre las fuentes y el lector sino, ante todo, una voz a través de la cual se puede pensar la realidad, reconocer las emociones y las tensiones secretas de la realidad, entender el porqué y el para qué y el cómo de las cosas con el deslumbramiento de quien las está viendo por primera vez" (Martínez, 1996).

Por otra parte, este reportaje en profundidad asume como perspectiva las corrientes actuales sobre memoria social e historia de los espacios significantes. Desde esa mirada, el proyecto busca describir la creación y consolidación de este lugar, mediante las voces de quienes lo habitaron y de documentación de la época, considerándolo como un "espacio de memoria".

Pierre Nora, historiador francés, acuñó el concepto de los "espacios de memoria", definiéndolos como aquellos lugares donde ésta se cristaliza y refugia, lugares donde se combinan, aunque en grados diversos, los tres sentidos de la palabra: material, simbólico y funcional. Plantea también que "la memoria es siempre un fenómeno colectivo, aunque sea psicológicamente vivida como individual (Nora, 2009: 33).

Para él, "la memoria es la vida, con grupos vivos y en evolución permanente y con deformaciones sucesivas; está abierta a la dialéctica del recuerdo y la amnesia, por lo que es vulnerable a las utilizaciones y manipulaciones. Es tanto afectiva como mágica y como depende de los grupos, hay tantas memorias como grupos, por lo que es múltiple, colectiva, plural e individualizada" (Allier Montaño 2010:35-38). De allí que, tras dejar establecido el sustrato histórico cultural sobre el cual se levantó este espacio, resulte necesario recoger las voces de quienes gestionaron y habitaron este espacio, jugando en él diferentes roles.

Metodología

En este contexto, se entenderá por reportaje y reportaje en profundidad, lo siguiente:

El reportaje

Muchos libros, *papers* y documentos para estudiantes de periodismo definen el reportaje y plantean sus características, en general, así como también aquellas que hacen la diferencia cuando se trata de un reportaje en profundidad o "gran reportaje".

Partiendo desde el latín reportare, la palabra dio un largo giro antes de llegar al castellano, pasando por los idiomas inglés y francés. En términos simples, quiere decir 'traer' o 'llevar' una noticia. Pero el reportaje en profundidad, como género, es más que eso, aunque difiere del reportaje de investigación, otra de las variantes.

Este proyecto asume la definición de reportaje escrita por el periodista y docente mexicano Javier Ibarrola, quien lo define como "el resultado de la más completa labor de investigación del tema a tratar. Investigación de campo, documental, testimonial, fundamentalmente". (Ibarrola, 1988:72).

Sobre sus orígenes, estos suelen ser situados en el periodismo de denuncia (o muckraker) estadounidense que se opuso al sensacionalismo de los diarios en los inicios del siglo XX. Consideran como uno de sus pioneros a John Reed, conocido por su obra sobre la Revolución Rusa, "Diez días que estremecieron al mundo". (Saad, Anuar y De la Hoz Simanca, en "El reportaje").

Sus características son:

- Es el género periodístico más completo, porque reúne los diversos géneros e implica el uso de diferentes técnicas, como investigación de campo, documental (revisión de material de archivo) y testimonial (entrevistas).
- Profundiza en las causas de los hechos.
- Requiere mayores capacidades analíticas y de narración.
- Explica una situación o un problema aportando la mayor cantidad posible de antecedentes.
- Debe ser claro y tener un estilo personal que, a la vez, sea ameno, atractivo y tenga colorido y vigor.

- Se emparenta con la crónica, con el ensayo histórico.
- Es una forma de creación, que implica un estilo personal de parte de quien lo escribe y, en muchos casos, recoge su(s) propia(s) vivencia(s); pero sin llegar a la invención de hechos. Siempre es periodismo, no literatura, aunque formalmente pueda bordearla.
- Es esencialmente analítico e interpretativo.
- Debe tener información y ésta debe ser de actualidad (si se relaciona con el pasado, éste debe importar en el presente), de interés público y de trascendencia social.

Los reportajes en profundidad pueden clasificarse, según su fin, en informativos (apegados a la estructura de la noticia); de investigación (suelen denunciar situaciones y estar en contraposición a las diversas formas del poder); interpretativos (informan todos los antecedentes del caso); descriptivos (retratan situaciones, personajes, lugares o cosas y suelen tener semejanzas con la entrevista de semblanza, el perfil humano o el ensayo literario); narrativos (relatan un suceso o hacen la historia de un acontecimiento); instructivos (ayudan a los lectores a resolver problemas cotidianos y tienen semejanzas con el ensayo técnico o con el estudio pedagógico) y de entretenimiento (sirven, principalmente, para hacer pasar un rato divertido al lector). Muchos de estos conceptos están sintetizados, entre otros documentos, en “Lineamientos para la elaboración del gran reportaje” de la Maestría en Periodismo, Escuela de Periodismo Carlos Septién García, México.

El reportaje en profundidad de este proyecto de título está inscrito en la clasificación de “narrativo” y buscará seguir los siguientes principios, enunciados por Tomás Eloy Martínez, tanto en su “Decálogo del periodista” como en otros de sus escritos.

“No hay narración, por admirable que sea, que se sostenga sin las vértebras de una investigación cuidadosa y certera, así como tampoco hay investigación válida, por más asombrosa que parezca, si se pierde en los laberintos de un lenguaje insuficiente o si no sabe cómo retener a quienes la leen, la oyen o la ven. Solas, una y otra son sustancias de hielo. Para que haya combustión, necesitan ir aferradas de la mano”.

“El único patrimonio del periodista es su buen nombre. Cada vez que se firma un texto insuficiente o infiel a la propia conciencia, se pierde parte de ese patrimonio, o todo”.

“No hay que escribir una sola palabra de la que no se esté seguro, ni dar una sola información de la que no se tenga plena certeza”.

“Hay que usar siempre un lenguaje claro, conciso y transparente. Por lo general, lo que se dice en diez palabras siempre se puede decir en nueve, o en siete”.

“Nunca hay que ponerse a narrar si no se está seguro de que se puede hacer con claridad, eficacia, y pensando en el interés del lector más que en el lucimiento propio”.

“Recordar siempre que el periodismo es, ante todo, un acto de servicio. El periodismo es ponerse en el lugar del otro, comprender lo otro. Y, a veces, ser otro” (Martínez, 2005).

Motivación que anima el proyecto

Como ya fue dicho, las investigaciones sobre la memoria dieron un marco a este proyecto, en el comienzo de su elaboración. Sin embargo, su aparición en el reportaje en sí mismo no será explícito, sino aplicado tanto en la formulación de las preguntas, como en el análisis de los datos y testimonios acopiados.

El curso de la preocupación por la memoria tiene ya una acumulación importante de obras para el caso chileno. Las líneas que asumen las investigaciones sobre ella son diversas: están las llamadas memorias “emblemáticas” sobre la dictadura (Lechner, 2002, entre otros), aquellas que indagan en los espacios y/o prácticas sociales que actúan como “vehículos de memoria” (Jelin & Langland, 2003), estudiando, por ejemplo, los procesos de enseñanza sobre el “Régimen Militar” en los escuelas (Toledo & Magendzo, 2008), en los lugares de resistencia (Gárate-Chateau, 2007; Garcés, 2007) y en aquellos de memoria (Piper, Reyes, Escobar & Arteaga, 2008; Toledo, Veneros & Magendzo, 2006). Están los que ahondan en la dimensión traumática de la violencia de Estado (Lira & Loveman, 2000; Haye, Carvacho, González, Manzi & Segovia, 2009; Manzi, Helsper, Ruiz, Krause & Kronmüller, 2003; Stern, 2004; Becker, Castillo & Díaz, 1991; Cornejo, Rojas, Buzonni, Mendoza, Concha y Cabach, 2007; Faúndez & Cornejo, 2010; Lira, Becker & Castillo, 1991, entre muchos otros) y los que investigan sobre memoria y transmisión intergeneracional (Cornejo, Reyes & Cruz, 2013) o que la vinculan con distintos tipos de movimientos: sea juveniles (Jelin, E.; Sempol, D. 2006) religiosos (Cruz, 2002) o de género (Oyarzún, K. 2001; Jelin, 2002).

Por último, y no por eso menos importantes, puesto que son los pertinentes a este reportaje, están los estudios sobre memoria y vida cotidiana, como los de Arnosó, Cárdenas & Páez (2012); Concha, Guichard & Henríquez (2009);

Reyes, (2009) y Sagredo y Gazmuri, en su “Historia de la vida privada en Chile” (2005). Estos estudios están a la base del rescate que ha realizado el musicólogo Juan Pablo González quien, como parte de su extensa obra de investigación sobre la música popular chilena, puso en valor al Goyescas, famosa sala de espectáculos de los años 40-50.

Este reportaje se inspira tanto en esa última línea, al igual que en aquella que busca dejar memoria de los espacios de resistencia como lo han hecho los periodistas Gabriela Bravo y Cristián González Farfán en “Ecos del tiempo subterráneo”, sobre las peñas de los años de la dictadura, que menciona al Café del Cerro muy tangencialmente.

Objetivos y preguntas

Objetivo general

- Evidenciar la importancia del Café del Cerro en el mundo contracultural de los años 80, en el contexto de la realidad político-social y cultural de la época, así como su trascendencia en la memoria colectiva.

Objetivos específicos

- Describir y valorar el desarrollo de la labor del Café durante los años 1982 a 1992.
- Presentar el contexto histórico en el que se desarrolló la actividad del Café del Cerro y buscar el nexo entre su existencia y la lucha cultural contra la dictadura y por la recuperación de la democracia.
- Describir el particular aporte del Café del Cerro como un espacio abierto a diversas expresiones artísticas y estilos.
- Presentar las diversas formas en que el Café del Cerro ha persistido en la memoria colectiva.

Preguntas

- Pregunta central:

¿Qué papel jugó -y trascendió a su cierre- el Café del Cerro en la sobrevivencia y desarrollo de expresiones culturales y artísticas marginadas de la cultura oficial durante la dictadura?

- Preguntas subordinadas:

1. ¿Cuál fue la historia del Café del Cerro?
2. ¿Cuál fue su modelo de gestión?
3. ¿De qué maneras influyó el contexto social y político en el desarrollo del Café del Cerro?
4. ¿Cuál fue el impacto del cambio de ese contexto, en 1990, en el devenir del Café del Cerro?
5. ¿Qué tipo de artistas participaron de la programación diaria y cuáles quedaron fuera? ¿Cómo gestionaron la cartelera sus administradores y dueños? ¿Hubo criterios curatoriales explícitos detrás de la programación?
6. ¿Cómo consideran los artistas que actuaron en su programación diaria su participación en el Café del Cerro? ¿Qué importancia tuvo para sus carreras?
7. ¿Cuál fue la presencia del Café del Cerro en los medios de comunicación de la época?
8. ¿Cuál fue la valoración del Café del Cerro en su momento para artistas, mundo cultural y público?
9. ¿Qué rol jugó el Café del Cerro en la resistencia cultural?
10. ¿Cuál es la valoración del Café del Cerro en perspectiva histórica?
11. ¿Ha permanecido como espacio de memoria en el conocimiento colectivo?

Alcances y limitaciones de la investigación

Este reportaje está inscrito en el concepto de “espacios de memoria”, elaborado por Pierre Nora, y busca rescatar los relatos de quienes fueron los actores que constituyeron lo que -podríamos llamar- la escena cultural y política del Café del Cerro. Igualmente, pretende dar pistas en relación a la trascendencia de este espacio y a su validación en la memoria colectiva.

Como reportaje en profundidad, no pretende agotar las diversas formas, acciones, creaciones y espacios de resistencia cultural a la dictadura cívico militar chilena (1973-1990) existentes en el país. Se remite a un espacio específico y a sus protagonistas.

Por ende, sus términos no serán extrapolados a otras formas de manifestación, espacios de resistencia o actores culturales de la escena ochentera.

Plan de fuentes y entrevistas

Para lograr el primer objetivo específico se propone una metodología que una la investigación en fuentes vivas -fundamentalmente entrevistas a protagonistas y testigos de ese proceso- así como documentales (archivos de prensa, y archivos fotográficos personales para reconstituir la memoria gráfica del Café). Esta investigación permitirá documentar la trayectoria del Café y describir los hitos más importantes de su existencia, buscando recomponer la memoria oral y escrita sobre él, valorando los testimonios de los protagonistas de dicha época.

En relación al segundo objetivo, la metodología buscará dibujar el contexto socio-político (memoria histórica) mediante información rescatada desde la prensa y los textos de investigación periodística sobre los años 80, así como por la vía de los testimonios de quienes se relacionaron con el Café del Cerro, como artistas, gestores, comunicadores o público.

Para el cumplir con el tercer objetivo específico serán revisados los estudios realizados sobre el tema en forma de tesis y otras publicaciones, para reconstituir la cronología del período y situar el desarrollo del Café en ese contexto.

Finamente, en lo referido al cuarto objetivo específico, la investigación buscará las razones del interés de las nuevas generaciones, que no conocieron el Café del Cerro, por investigarlo, así como las motivaciones de quienes decidieron homenajearlo.

Todo el material encontrado será utilizado desde una perspectiva histórica, ateniéndose a las nuevas perspectivas del valor de la memoria y los sitios culturales significativos.

Fuentes vivas

Entrevistas a informantes calificados del campo cultural, la historia, la musicología. Las categorías son obligatorias, pero -a excepción de los dos primeros nombres- no implica que serán entrevistados todos los nombres de la lista.

- Los dueños y gestores del Café del Cerro: Mario Navarro y Marjorie Kusch
- Otros agentes culturales que participaron en la producción de las actividades del Café del Cerro: Víctor Hugo Romo.

- Músicos y artistas que actuaron en el Café o ensayaron en sus salas, entre otros: Eduardo Gatti, Hugo Moraga, Luis Lebert, Jorge Campos, Eduardo Peralta, , Sergio “Tilo” González, Edgardo Riquelme, Marcelo Nilo, Mario Rojas; "Palta" Meléndez, "Flaco" Robles, Raúl Palma (actor), Luz Croxatto (actriz).
- Musicólogos: Juan Pablo González y Rodrigo Torres.
- Periodistas que cubrieron las actividades del Café: Gonzalo Rojas, Rigoberto Carvajal, Iván Valenzuela.
- Diskjockeys vinculados a la música popular alternativa: Miguel Davagnino, Sergio “Pirincho” Cárcamo.
- Tesistas que lo han investigado y gestores culturales que han organizado homenajes a su existencia: Francisca Rojas, Francisca Salinas, Lautaro Chamorro, Emerson Jiménez, Javiera Barros.

Fuentes documentales

- Archivos de prensa escrita de la época.
- “La Punta del Cerro”, publicación propia del Café del Cerro.
- Investigaciones y tesis que hablen del Café del Cerro, aunque sea tangencialmente.
- Investigaciones, estudios y ensayos históricos sobre los años 80 en Chile.
- Investigaciones, estudios y ensayos musicológicos sobre la música popular de los años 80 en Chile.
- Estudios nacionales e internacionales sobre historia y memoria, según bibliografía especificada.
- Material gráfico, documentales, fotografías de archivos en poder de artistas, periodistas, medios de comunicación, investigadores y dueños del Café del Cerro.

Bibliografía

Aguayo, Emiliano. *Las voces de los 80. Conversaciones con los protagonistas del fenómeno pop-rock*. RIL Editores, Santiago de Chile, 2012.

Barros Cruz, Javiera. *El Café del Cerro: una casa para el Canto Nuevo*. Tesis para postular al grado académico de Licenciada en Música, opción Musicología, del Instituto de Música de la PUC, 2008 (inédita).

Bravo Gabriela, González, Cristián. *Ecos del tiempo subterráneo*. LOM Ediciones, Santiago de Chile, 2009.

Burke, Peter, editor. *Formas de hacer historia*, Alianza Editorial, Madrid, 1993.

Contardo, Oscar y García, Macarena. *La era ochentera: tevé, pop y under en el Chile de los ochenta*. Ediciones Barcelona, Barcelona. España, 2005.

Campusano, Daniel; Chimmi, Macarena; González Constanza; Robledo, Felipe. *Álvaro Corbalán: El dueño de la noche*. Ceibo Ediciones, Santiago de Chile, 2015.

Chamorro, Lautaro. *Café del Cerro (1982-1992). Resistencia cultural en Dictadura* (inédito).

Díaz-Inostroza, Patricia. *El Canto Nuevo: un legado musical*. Universidad Bolivariana, Santiago de Chile, 2007.

Godoy, Alvaro y González, Juan Pablo. *Música popular chilena, 20 años: 1970-1990*. Departamento de Programas Culturales de la División de Cultura, Mineduc. Santiago de Chile, 1995.

González, Juan Pablo y Rolle, Claudio. *Historia social de la música popular en Chile 1890-1950*. Ediciones Universidad Católica de Chile. 2005.

Jiménez Acero, Emerson. *Café del Cerro: toda una historia*. Trabajo de titulación presentado en conformidad a los requisitos para obtener el título de Periodista. Facultad de Ciencias Sociales y Humanidades, Universidad de las Américas. Santiago de Chile, 2008 (inédito).

Jürgensen, Mauricio. *Dulce patria. Historias de la música chilena*. Ediciones B, Santiago de Chile, 2017.

Lechner, Norbert. *Las sombras del mañana: la dimensión subjetiva de la política*. Santiago de Chile: LOM Ediciones, 2002.

Loveman, B. & Lira. *Las suaves cenizas del olvido: vía chilena de reconciliación política 1814-1932*. Santiago de Chile: LOM Ediciones, 1999.

Nora, Pierre. *Les lieux de mémoire*. LOM Ediciones, Santiago de Chile, 2009.

Ricoeur, Paul. *La memoria, la historia, el olvido*. Fondo de Cultura Económica. Buenos Aires, Argentina, 2004.

Riedemann, Clemente. *El viaje de Schwenke y Nilo*. Tamarcos S.A. Valdivia, Chile, 1989.

Rivera, Anny. *Notas sobre movimiento social y arte en el régimen autoritario. 1973-1983*. Céneca. Santiago de Chile. 1983.

Rivera, Jorge. *"El periodismo cultural"*. Paidós Estudios de Comunicación, Buenos Aires, Argentina, 1995.

Rojas, Francisca y Salinas, Francisca. *El canto nuevo censurado*. Tesis para lograr el título de Periodista. Universidad de Santiago, 2012 (inédita).

Salas, Fabio, *Mira niñita: creación y experiencias de rockeras chilenas*. Ediciones Universidad Alberto Hurtado, 2012

Salazar, Gabriel y Pinto, Julio. *Historia Contemporánea de Chile*, Volúmenes I al V, LOM Ediciones, Santiago de Chile, 1999-2002.

Stock, Freddy. *Corazones rojos, biografía no autorizada de Los Prisioneros*. Penguin Random House Grupo Editorial Chile, 2015

Subercaseaux, Bernardo. *Historia de las ideas y de la cultura en Chile*. Editorial Universitaria. Tomo 3. Santiago de Chile, 2004.

Documentos en línea

Allier Montaña, Eugenia. Reseña de "*Les lieux de mémoire*" de Nora, P. Andamios. Revista de Investigación Social, vol.7, núm. 13, mayo-agosto, 2010, pp. 345-348. Universidad Autónoma de la Ciudad de México. Disponible en línea en <www.redalyc.org/pdf/628/62815635017.pdf>

Gárate-Chateau, Manuel. La Michita (1964-1983): de la reforma universitaria a una vida en comunidad. en Anne Pérotin-Dumon (dir.). *Historizar el pasado vivo en América Latina*. Disponible en línea en <www.historizarelpasadovivo.cl/es_resultado_textos.php?categoria=Chile%3A+los+caminos+de+la+historia+y+la+memoria&titulo=La+Michita+%281964-1983%29%3A+de+la+reforma+universitaria+a+una+vida+en+comunidad>

González, Juan Pablo y Rolle, Claudio. "Escuchando el pasado: hacia una historia social de la música popular". En Revista de História Nº 157, Universidade de São Paulo, São Paulo, Brasil, 2007. Disponible en línea en <www.redalyc.org/pdf/2850/285022050003.pdf>

Ibarrola, Javier. *El reportaje*. Col. Técnicas Periodísticas. Temas periodísticos. Ediciones Gerraika, S.A., 1988, México. Disponible en línea en <https://issuu.com/danigel301/docs/el_reportaje_de_javier_ibarola>

Lechner, Norbert y Güell, Pedro: "Construcción social de las memorias en la transición chilena". En Amparo Menéndez Carrión y Alfredo Joignant (eds.), *La Caja de Pandora*. Santiago de Chile, Planeta/Ariel, 1999.

Disponible en línea en

<www.archivochile.com/Ceme/recup_memoria/cemememo0024.pdf>

Martínez, Tomás Eloy, "Defensa de la utopía". Discurso ofrecido en el taller seminario "Situaciones de crisis en medios impresos", dictado en Santa Fe de Bogotá, Colombia, marzo de 1996, en la Fundación para el Nuevo Periodismo Iberoamericano. Disponible en línea en

<www.fcpolit.unr.edu.ar/programa/2008/07/23/defensa-de-la-utopia-tomas-eloy-martinez/>

Martínez, Tomás Eloy, "Los hechos de la vida". Conferencia dada en el encuentro "Hacia dónde va el periodismo", organizado por la Corporación Andina de Fomento (CAF) y la Fundación Nuevo Periodismo Iberoamericano (FNPI), Bogotá, junio 2005. Disponible en <<http://fundaciontem.org/los-hechos-de-la-vida/>>

Saad, Anuar y De la Hoz Simanca, "El reportaje". Disponible en línea en

<www.saladeprensa.org/art184.htm>

Santis Cáceres, José. "Lugares de la vida nocturna en Santiago de Chile entre 1973-1990 Bosquejo para un proyecto". En Revista Electrónica *DU&P*. Diseño Urbano y Paisaje. Volumen V N°16. Centro de Estudios Arquitectónicos, Urbanísticos y del Paisaje, Universidad Central de Chile. Santiago de Chile. Diciembre 2009. Disponible en línea en

<<https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=3066177>>

Villa, María J. “El periodismo cultural, reflexiones y aproximaciones”. En Revista Latina de Comunicación Social. N° 6, 1998. Disponible en línea en <<https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=1215198>>

Páginas web consultadas

<https://www.youtube.com/watch?v=hwVADHoxGYA>

www.youtube.com/watch?v=OFyTLivpQC8

www.futuro.cl/2014/06/30-anos-de-insurreccion-musical-y-eclecticismo-antihegemonico-1-parte

<http://sitiocero.net/2014/04/se-acuerdan-de-aquellos-dias-de-cine/>

<http://sacateuncompac.blogspot.cl/2014/05/la-spinetta-en-vivo-en-cafe-del-cerro.html>

[http://www.elmostrador.cl/cultura/2014/09/03/opinion-el-cafe-del-cerro-nostalgia-y-memoria/?php%20bloginfo\(%27url%27\);%20?%3E/cultura](http://www.elmostrador.cl/cultura/2014/09/03/opinion-el-cafe-del-cerro-nostalgia-y-memoria/?php%20bloginfo(%27url%27);%20?%3E/cultura)

<http://lorenapenjean.blogspot.cl/2008/09/luis-jara-de-profesin-cantante-animador.html>

<http://cantonvo.blogspot.cl/2011/01/recordando-los-30-anos-del-canto-nuevo.html>

Filmografía consultada

“La sombra del canto”. Documental de Antonio Carrizo, 2016.

“Fulano cuenta la historia de Chile: preludio para un largometraje documental”. Cortometraje de Pablo Leighton.

Reportaje en profundidad

Café del Cerro: Momentos de una historia



En memoria de Nelson Schwenke, Payo Grondona, Jaime Vivanco, Patricio Valdivia y Franklin Caicedo que estuvieron y ya no están.

Había miedo. Mucho miedo. El estado de las cosas no daba para otro ánimo. Los 80 en Chile, con su terror soterrado y siempre presente, con la muerte rondando en cada esquina y la crisis económica mordiendo los tobillos, fueron años duros. La gente se aferraba a todo lo que pudiera representar una fisura, una esperanza. Ciertas cosas, ciertos lugares, ciertos sonidos fueron para muchos tabla de salvación y botella lanzada al mar.

Existieron muchos pequeños/grandes lugares que se llenaron de voces. Algunos eran momentáneos, otros fueron quedando. Eran espacios parroquiales, de colegios, universitarios, deportivos, restaurantes medio destartalados, centros culturales, viejas casas remodeladas y transformadas en un nuevo tipo de boliche que mezcló una gastronomía embrionaria con la presencia de aquellos sonidos que la radio y la tevé eludía. Y de ellos, uno en particular, ha pasado a la historia de la ciudad: el Café del Cerro.

Mario Navarro y Marjorie Kusch, sus creadores, dueños y gestores, eran una pareja extremadamente joven que puso su empuje para enfrentar y vencer la crisis económica y la censura, el temor y las amenazas creando un pequeño escenario donde prácticamente nació y creció la mayoría de los mejores músicos de la década; un espacio que se transformó en leyenda.

Mirar hacia atrás implica escudriñar un pasado iluminado por el presente. Los sociólogos Norbert Lechner y Pedro Güell, en su ponencia “Construcción social de las memorias en la transición chilena”, presentada en el taller “Memorias colectivas de la represión en el Cono Sur” (Montevideo, 1998) anotaron que la “memoria es la herramienta con la cual la sociedad se representa los materiales, a veces fructíferos, a veces estériles, que el pasado aporta para construir el futuro”. Es un ejercicio de espejos que, en este caso, busca rescatar parte de la memoria cotidiana y de la lucha cultural de casi una

década. Volver a alumbrar el escenario en que ciertas propuestas alternativas emergieron y lograron instalarse, pese a la violencia de Estado, siendo como esos artilugios que en las ollas a presión permiten al vapor ir escapándose de a poco.

No fue el Café del Cerro parte del circuito donde se conjuraban temores y restricciones viviendo una suerte de destape anticipado, de fiesta antes de tiempo. No perteneció al circuito de lugares de jolgorio y baile, donde los cuerpos se expresaban en una libertad robada al toque de queda, al estado de excepción. Más bien tuvo como impronta un tono apacible, destinado a la conversación en voz baja, al tarareo de canciones. Era similar a ellos, en todo caso, en el hecho de que -por diversos que fueran- en dichos espacios vivía el espíritu de la época, la cultura de una década bastante prodigiosa, pese a todas las limitaciones. O prodigiosa, justamente, porque se las arregló para evitarlas.

Esos lugares, y lo que ocurrió tras sus murallas, la música que allí tuvo su apogeo, forman parte de la historia de Chile. La afirmación anterior, está respaldada por la historiografía y las ciencias sociales, que han revalorizado las fuentes no tradicionales y que plantean que los lugares y los objetos significan, que la vida cotidiana significa; y que esas aparentes pequeñas cosas, como la música y los espacios y acontecimientos que la rodean, también integran la historia con mayúsculas.

En ese sentido, Juan Pablo González, musicólogo, y Claudio Rolle, historiador, escriben en el artículo “Escuchando el pasado: hacia una historia social de la música popular”, publicado por la Revista de História de la Universidade de São Paulo, Brasil (número 157, de diciembre 2007, pp. 31-54):

“(…) los últimos decenios, los historiadores han descubierto las ricas posibilidades que ofrecen las fuentes musicales para la mejor comprensión de la historia y, en el caso de la música popular, se nos abre una atractiva ventana para conocer las formas de reaccionar de una sociedad frente a procesos y circunstancias históricas de cambios profundos y porfiadas continuidades. De este modo, los cambios políticos y económicos mundiales, los nuevos medios de comunicación, las transformaciones en las prácticas musicales, y los cambios de esfera de influencia cultural, nos dan claves de interpretación de y desde un patrimonio musical que ahora se propone como objeto de estudio”.

El filósofo y antropólogo francés Paul Ricoeur, en su libro “La memoria, la historia, el olvido”, destaca con negritas los conceptos que le parece necesario recalcar al establecer la existencia de “una especie de **fenomenología de los fragmentos**, no necesariamente dispersos, de la memoria propiamente dicha. Será justamente a propósito del último punto que se llama la atención del lector sobre el par compuesto por lo que con frecuencia llamamos **la memoria** única, singular, especial y quizá organizativa respecto de lo que, en el extremo opuesto, reconocemos como **los recuerdos**, siempre plurales, cambiantes e inaprensibles”

Ciertamente los recuerdos, transformados en testimonios, han enriquecido el entramado de la historia social sobre los recientes acontecimientos de la vida del país, dando lugar a una acumulación importante de textos, que no es del caso reseñar acá. También en Chile han comenzado a ser desarrollados estudios sobre la vida cotidiana -siendo muy interesantes, al respecto, los aportes de la colección “Historia de la vida privada en Chile” dirigida por los historiadores Rafael Sagredo y Cristián Gazmuri, así como los que relacionan la memoria social con movimientos juveniles (Jelin, E.; Sempol, D. 2006), religiosos (Cruz, 2002), y de género (Oyarzún, K. 2001; Jelin, 2002).

Otros rescatan lugares de resistencia y espacios significantes de diversas épocas, como lo hace Manuel Gárate-Chateau, en “La Michita (1964-1983): de la reforma universitaria a una vida en comunidad” sobre una de las emblemáticas villas para profesionales diseñada por el arquitecto Fernando Castillo Velasco. En este último sentido, destaca la puesta en valor del Goyescas, la famosa sala de espectáculos de los años 40-50, que ha realizado el musicólogo Juan Pablo González, como parte de su extensa obra de investigación sobre la música popular chilena. Y, ya en un plano similar a éste, “Ecos del tiempo subterráneo”, de los periodistas Cristián González Farfán y Gabriela Bravo Chiapp, rigurosa memoria de las peñas existentes en Santiago en la época de la dictadura.

Interrogar la memoria de quienes vivieron el Café del Cerro asumiendo que, sin este espacio, esa música no habría existido de la misma manera, es una forma de buscar respuestas en el pasado de Chile.

Pero antes de cruzar la puerta de Ernesto Pinto Lagarrigue 192, donde desde 1982 y hasta 1992 funcionó el Café del Cerro, es necesario dibujar el sustrato histórico cultural sobre el cual fue levantado.

Así que, sin más, retrocedamos.

El Café del Cerro abrió sus puertas en 1982, un año antes del inicio de las grandes protestas contra el régimen, y en medio de un descalabro económico provocado, entre otros factores, por la crisis internacional del petróleo, la feroz dependencia nacional de los préstamos extranjeros que llevaron al país a tener una deuda externa altísima y por las llamadas industrias de papel, basadas en la especulación financiera y no en la producción de bienes y servicios. Habían

terminado abruptamente los tiempos de la “plata dulce”. Comenzaban así los años en que la dictadura viviría agudos problemas de legitimidad.

Quien ponía un pie en el país alrededor de mediados de 1982, se encontraba con un pueblo gris, cabizbajo, que veía con desánimo cómo se venía abajo la supuestamente próspera economía nacional, que había mostrado ciertos síntomas de bonanza hacia fines de los 70 de la mano de las políticas económico-laborales puestas en marcha por los civiles del grupo llamado Chicago Boys. Eran denominados así porque venían de postgraduarse en la Universidad de Chicago, donde habían sido discípulos del gurú del neoliberalismo, Milton Freedman. Dominaban el sector dentro del gobierno militar, con el credo del libre mercado y su biblia llamada “El Ladrillo”, documento base de toda la política económica posterior. Para profundizar en este aspecto, existe una bibliografía interesante, pero el documental “Chicago Boys”, de los periodistas Carola Fuentes y Rafael Valdeavellano, es una investigación muy clara al respecto.

Eran los años del PEM y POJH (Plan de Empleo Mínimo y Programa de Empleo para Jefes de Hogar, respectivamente) que pagaban sueldos miserables por trabajos de bajísima calificación, aceptados por la gente para hacer frente a una cesantía que bordeaba el 20%. Eran los días de las ollas comunes y, al otro lado de la vereda, los tiempos de las compras de las carteras vencidas, en el salvataje del Estado al sistema bancario.

Esa era la realidad y el ánimo cuando, el 15 de septiembre de 1982, se abrieron las puertas del Café del Cerro en un Barrio Bellavista que todavía no soñaba con ser el epicentro de la nueva bohemia santiaguina. Solo el clásico restaurante Venezia, a una cuadra, y una que otra incipiente galería de arte, prefiguraban lo que llegaría a ser años más tarde. El Café abrió un mes

después de que en Santiago fuera convocada la Marcha del Hambre, que recorrió las calles del centro y cuyos manifestantes se enfrentaron con Carabineros, y de que fuera asesinado el dirigente de la ANEF (Asociación Nacional de Empleados Fiscales), Tucapel Jiménez. Un tiempo que cerró, en diciembre, con la condena de la Asamblea de Naciones Unidas al gobierno militar, por violación sistemática de los derechos humanos.

¿Cuál fue la razón por la cual el régimen permitió la existencia de estos sitios y estas expresiones, claramente alternativas y antidictatoriales, que conformaban lo que se llamó “resistencia cultural”? Una de las teorías al respecto, expresada por José Santis Cáceres en su artículo “Lugares de la vida nocturna en Santiago de Chile entre 1973-1990. Bosquejo para un proyecto”, para el número 16 de la Revista de Diseño Urbano y Paisaje del Centro de Estudios Arquitectónicos, Urbanísticos y del Paisaje de la Universidad Central, plantea que tuvo como fin “generar una situación de calma interna, frente a las detenciones, torturas y desapariciones vividas por muchos ciudadanos y ciudadanas en el silencio terrorífico de la noche”. O como un placebo frente a la crisis económica. Son posibilidades.

El Café ya estaba instalado en el imaginario colectivo opositor cuando, en mayo de 1983, comenzaron las protestas nacionales. En su cara diurna, mostraron paros, abstinencia de realización de trámites y compras, e inasistencia a centros de estudio; en su versión nocturna, apagones de luz, barricadas, apedreamientos y cacerolazos.

Aunque antes de que comenzaran estas acciones hubo otras de este tipo, la diferencia es que las protestas implicaron convocatorias creativas -como lo reflejaba un panfleto de aquel mayo del 83: “El 10 de mayo es el Día de la Madre y, el 11 de mayo, el Día del Pare”- y coordinación entre las

organizaciones sociales -cuya reorganización era efectiva a 10 años del golpe-, así como entre ellas y los emergentes partidos políticos de oposición que habían formado la Alianza Democrática (AD) y el Movimiento Democrático Popular (MDP).

La primera de las once protestas que hubo en total, tuvo lugar el 11 de mayo de 1983. Fue convocada por la Confederación de Trabajadores del Cobre (encabezada por un joven Rodolfo Seguel, entonces denominado el *Walesa chileno*, en referencia al líder de la oposición al régimen polaco) y llamó a participar a todos los habitantes del país. El Café no abrió ese día. Y las movilizaciones, con su carga de represión y valentía, se extendieron hasta 1986.

Durante esos años, la dictadura jugó sus cartas a dos bandas: mientras por un lado sacó a la calle enormes contingentes de militares para ahogar las protestas -hasta 18 mil efectivos- por otro, nombró como ministro del Interior, en 1983, a Sergio Onofre Jarpa, destacada figura de la derecha, quien permaneció en el cargo hasta 1985 e impulsó algunas políticas de apertura, inaugurando una etapa de dos años que se ha dado en llamar “la Primavera de Jarpa”. Algunos exiliados pudieron retornar, el régimen permitió elecciones en colegios profesionales y federaciones, a la par que se reorganizaron como partidos políticos los civiles proclives al gobierno militar.

Pero, en esa supuesta “primavera” la represión siguió cobrando víctimas. El 10 de mayo de 1984 fue atacado violentamente Jorge Lavanderos, quien lideraba la publicación opositora Fortín Mapocho (semanario que el 14 de abril de 1987 se transformó en diario), dejándolo casi moribundo y con secuelas permanentes. El 4 de septiembre de 1984, en la población La Victoria de Santiago -una de las más combativas contra la dictadura- y en medio de una

protesta, una bala disparada por carabineros contra la casa parroquial asesina al cura obrero André Jarlan.

El 7 de noviembre fue implantado el Estado de Sitio, que duraría cerca de siete meses, hasta junio de 1985. Fue el punto final del supuesto proceso de apertura política encabezado por Jarpa, que trajo consigo, entre otras medidas, el cierre de todos los medios opositores. Parafraseando el tema “Si se calla el cantor”, del cantautor argentino Horacio Guarani, no existía la esperanza de que, al menos, se ‘quedaran los humildes gorriones de los diarios’.

Pese a todo lo anterior, o quizá por lo mismo, la Oposición continuó avanzando: durante 1984, ganó, en elecciones libres, diversas federaciones y casi la totalidad de las directivas de los Colegios Profesionales. Este avance tuvo como contrapartida la virulencia de la represión: el 29 de marzo de 1985 se produjo el secuestro y degollamiento de Manuel Guerrero, José Manuel Parada y Santiago Nattino, tres profesionales militantes del Partido Comunista, y el asesinato de los hermanos Rafael y Eduardo Vergara Toledo, pertenecientes al MIR, en Villa Francia (en cuyo recuerdo fue instaurado “El Día del Joven Combatiente”), ambos sucesos ocurridos en la capital y perpetrados por carabineros.

Ante estas situaciones, cuya verdad escapaba a los informes y noticias oficiales, era cada vez menos la gente que permanecía ignorante. En ese extraño estado en que la existencia parecía rodar en normalidad, aunque sabíamos que no era el caso, algunos vivían estupefactos y otros aportábamos al regreso de la democracia desde diversos frentes. Muchos de ellos pertenecían al mundo cultural, donde escritores, artistas plásticos, teatristas, cineastas, videístas y músicos habían encontrado distintos espacios para expresarse, y cuyas obras un grupo no menor de periodistas difundíamos tanto

en la prensa alternativa como en la oficial.

En Santiago, y en una lista para nada exhaustiva, organizaciones universitarias como la ACU (Asociación Cultural Universitaria de la Universidad de Chile), el Taller 666, el Centro Cultural Mapocho, Casa Kamarundi, institutos culturales binacionales (especialmente el Chileno Francés, el Goethe e, incluso el Norteamericano), galerías de arte, asociaciones como la Sociedad de Escritores de Chile (SECH), o la de Pintores y Escultores de Chile, peñas permanentes (como Doña Javiera) o eventuales, acontecimientos anuales como el Festival del Barrio Bellavista o los Encuentros de Arte Joven -ambos organizados por la Asociación Amigos del Arte-, el Garaje de Matucana, el Trolley, la discoteca Blondie, la Casona de San Isidro, el Taller Contemporáneo y el Kaffé Ulm, seguido por el Café del Cerro, fueron pulmones culturales, donde la expresión artística libertaria hacía contacto con públicos conscientes, que buscaban no solo el arte sino el punto de encuentro con otros, como ya he dicho. En provincias sucedía algo similar.

Mientras el Canto Nuevo se enseñoreaba en peñas y cafés, en San Miguel, un trío de muchachos de clase media, que cantaban mal y tocaban peor, logró sintonizar con un profundo sentimiento común y escribió uno de los himnos de esa época: "La voz de los 80". Poco después estrenarían su segundo disco -"Pateando piedras"- en el Café del Cerro, el mismo donde cantaban todos aquellos que, según Jorge González, líder del grupo contestatario Los Prisioneros, nunca quedaban mal con nadie.

Volviendo al plano político, llegó 1986, considerado por la Oposición como el "año decisivo". Parte de ella creía que sería el momento para conseguir desbancar a Augusto Pinochet del poder por la vía de la movilización social y otra consideraba que era necesario recurrir a otras formas de lucha, porque

las protestas parecían no haber conseguido sus objetivos desestabilizadores y la situación estaba estancada.

El 2 y 3 de julio hubo un llamado a paro nacional, que resultó exitoso en cuanto a sus objetivos cumplidos pero que, a la vez, fue dolorosamente violento: siete personas muertas por disparos, decenas de heridos a bala; en todas las regiones hubo episodios graves de represión, mientras que Santiago estuvo prácticamente paralizada pese al patrullaje militar y policial, según consigna el artículo “Cuando todos paramos, ellos disparan”, publicado en el número 82 de la Revista Cauce, correspondiente a la semana del 7 al 14 de julio de 1986. Uno de los episodios más violentos fue el ataque, en el sector de Los Nogales (Estación Central, de la capital), a los jóvenes Rodrigo Rojas Denegri y Carmen Gloria Quintana, quienes fueron quemados por una patrulla militar, muriendo él primero y quedando ella con quemaduras de segundo y tercer grado en el 62% del cuerpo.

El año estuvo marcado por grandes movilizaciones, paros nacionales y dos acontecimientos fallidos pero importantísimos: la internación de armas por Carrizal Bajo (en la costa cercana a Copiapó, en el norte de Chile) y el atentado contra el dictador en el Cajón del Maipo, en la precordillera de Santiago, el 7 de septiembre, llamado Operación Siglo XX. Como resultado fue reinstaurado el estado de sitio, al día siguiente del ataque y por 90 días: esto permitió la suspensión de las transmisiones de dos agencias internacionales de noticias y la censura de seis revistas: Análisis, Apsi, Cauce, Fortín Mapocho, Hoy y La Bicicleta.

Pero, sin duda, las peores consecuencias fueron el asesinato de cuatro opositores, los militantes de PC Felipe Rivera (electricista) y Abraham Muskatblit (publicista) y los integrantes del MIR Gastón Vidaurrázaga (profesor)

y el periodista José Carrasco, editor internacional de revista *Análisis*; la persecución encarnizada de opositores y el fortalecimiento del gobierno junto al respeto del itinerario de la Carta del 80. Además, del fallido secuestro del abogado de derechos humanos Luis Toro, la quinta víctima de la venganza del “Comando 11 de Septiembre” por los cinco escoltas muertos en el frustrado atentado.

Las secuelas del atentado se prolongaron: la CNI (Central Nacional de Inteligencia) dio con el paradero de un importante número de integrantes del Frente Patriótico Manuel Rodríguez, a quienes acribilló la noche del 15 de junio de 1987, en un episodio que pasó a la historia como Operación Albania o Matanza de Corpus Christi (por la fecha en que ocurrió). Dirigió la operación Álvaro Corbalán, ex jefe operativo de la central de inteligencia del gobierno militar.

Se llega así al punto de inflexión que fue 1988, cuando el país debió decidir si apoyaba o no la continuidad de Pinochet. Durante el mes de febrero, trece partidos políticos conformaron la Concertación de Partidos por el NO, antecedente de la Concertación de Partidos por la Democracia, a la que luego se sumaron más agrupaciones, llegando a diecisiete. El jingle y el eslogan “Chile, la alegría ya viene”, núcleo central de la campaña contra Pinochet, puso la banda sonora y las imágenes de fondo a todo el mes que corrió entre el 5 de septiembre y el 5 de octubre, día del histórico plebiscito.

Casi siete millones y medio (exactamente 7.435.913 personas) se inscribieron en los Registros Electorales; es decir, el 92% de quienes podían hacerlo, según la legislación vigente. Pero al llegar el día del plebiscito, efectivamente votaron 7.251.943 personas, de las cuales el 43,01% apoyó el “**Sí**” a la continuidad mientras el 54,71% dijo que “**No**”. El triunfo del NO activó otro artículo

transitorio de la Constitución del 80, el 29, que establecía el llamado a elecciones libres en el plazo de un año.

Tras todo lo anterior, 1989 fue un año expectante: se celebró por primera vez de forma masiva el Día Internacional de la Mujer, en el Estadio Santa Laura, y el último 1º de mayo en dictadura. El 6 de julio la Concertación de Partidos por la Democracia eligió como candidato único a la presidencia de la República a Patricio Aylwin Azócar y el 24 de agosto el Servicio Electoral aceptó oficialmente su candidatura, más las de Hernán Büchi y Francisco Javier Errázuriz. Como para indicar que el terror no se había acabado, el 4 de septiembre agentes de la CNI asesinaron al dirigente del MIR Jécar Neghme, a la salida de una reunión, en Santiago Centro.

La última quincena del año (14 de diciembre de 1989) trajo las primeras elecciones libres en 17 años y el triunfo de Patricio Aylwin, por un porcentaje levemente mayor al que había votado por el NO: 55%. Así, comenzó la Transición a la Democracia.

Y a lo largo de esos años, la banda de sonido de esa década fue acogida por el Café del Cerro. Músicos nacionales y latinoamericanos, así como también cultores del teatro y el humor, hicieron de él su casa, porque sus dueños crearon un modelo que cruzó el concepto de centro cultural con el de lugar de trabajo, sosteniéndolo con una interesante y exitosa gestión, realizada en circunstancias del todo adversas.

Pionero en el Barrio Bellavista, también ayudó a sentar las bases de lo que fue ese epicentro de una vida cultural, gastronómica, artística y noctámbula santiaguina recuperada sin permiso explícito.

Como espacio autogestionado y creativo, aportó contra la violencia ejercida desde el Estado reconstruyendo sentidos y tejido social por medio del arte. A la vez, fue uno de sus sitios emblemáticos y el más profesional de los locales destinados a acoger las diversas expresiones de la música popular llamada alternativa. Alternativa porque presentaba y postulaba planteamientos estéticos, poéticos y, en muchos casos, políticos, fuera del canon oficial que el poder y los medios de comunicación oficiales consagraban, llegando incluso a permearlos, como veremos más adelante. Sus más de tres mil espectáculos, desde el jazz al folklore, desde el Canto Nuevo al rock, fueron vistos y 'experienciados' por sobre 500 mil asistentes, según las estadísticas contables de sus dueños.

Durante cerca de diez años, su escenario y su mural, icónicos, fueron el referente de la música nacional no oficial.

A tablero vuelto

La noche del 15 de septiembre de 1982, en Ernesto Pinto Lagarrigue y Antonia Lope de Bello, sería la primera de muchas del Café del Cerro.

A la vez, era la continuación del trabajo que Mario Navarro y Marjorie Kusch habían iniciado en un local en el segundo piso de Alameda 151, cercano a Plaza Italia, y vecino del entonces Cine Arte Normandie (hoy Cine Arte Alameda), cuando se animaron a administrar el boliche que el arquitecto y diseñador Michel Weiss había bautizado con el nombre de su ciudad natal y donde había intentado, con mediocres resultados, levantar un club de jazz: el Kaffé Ulm.

Mario, ya conocido productor artístico de la escena contestaria, y Marjorie, administradora hotelera, acometieron el negocio con las ganas y la valentía de los veinteañeros que eran. También con mucho “olfato”, el suficiente como para empezar a llenar de público el espacio y abrirlo a otros tipos de música y al teatro. Allí, por ejemplo, el grupo El Teniente Bello estrenó, fuera del ámbito universitario, su creación colectiva “Lily, yo te quiero”, hito importante en la creación teatral de la época.

-Pero como teníamos bastantes problemas con las patentes, la Municipalidad (de Santiago) buscó el subterfugio y a través del Departamento de Obras cerraron el Ulm y no hubo vuelta atrás. Como pareja quedamos a la deriva – cuenta Navarro.

La tabla de salvación fue esa casa en una Bellavista que distaba mucho de ser un “barrio”. Era aún conocido con su histórico nombre de La Chimba y, en cuanto a “atracciones”, sólo estaban allí las casas del pintor Camilo Mori y de Pablo Neruda, la Galería de Arte de Cerro y dos restaurantes que han sobrevivido hasta hoy los embates del tiempo y sus cambios de humor: el Venezia y el Galindo.

En la tesina “El Café del Cerro: una casa para el Canto Nuevo”, de Javiera Barros Cruz, Navarro también declara que la locación les pareció atractiva porque era accesible desde diversos puntos de la ciudad, porque estaban cerca de la Facultad de Derecho de la Universidad de Chile y por “el concepto de barrio que se podía encontrar: la frutería, el negocio de la esquina, la farmacia, el dentista, el peluquero. Pero no era un barrio comercial y es por eso que se nos ha catalogado como los pioneros del lugar”.

Pese a lo anterior, cuando un grupo de artistas, periodistas, asiduos del Kaffé Ulm y nuevos parroquianos cruzó su puerta, casi en la esquina de Antonia Lope de Bello, para asistir a esa ya mítica primera noche del Café del Cerro, Ernesto Pinto Lagarrigue 192 tenía ya una pequeña pero significativa historia: hasta cerca de un año antes había sido el Taller 666, lugar de creación y resistencia, muy vinculado al PC.

Justamente esa marca política había hecho dudar a Mario Navarro y Marjorie Kusch, a esas alturas ya pareja de pololos, de arrendar ese espacio, pese a que parecía cumplir con todas las condiciones necesarias para albergar su sueño: materializar y sostener la aventura de un lugar propio.

-Nosotros estábamos claros en lo que queríamos; teníamos nuestra postura pero no queríamos partir tan marcados. Tiñámonos en el camino, decíamos; pero no queríamos partir tan teñidos. Por eso pudimos trascender a otra gente, que llegaba porque estábamos de moda, porque nos publicaban en El Mercurio, en La Tercera; gente que no sabía quién era Víctor Jara, pero a la que le gustaba Silvio Rodríguez y terminaba escuchando a Santiago del Nuevo Extremo. Nuestra importancia en la recuperación de la democracia va mucho más allá que la de muchos personajes que ahora están encumbrados. Pero, además de eso, era nuestro gran proyecto –dice Navarro, y Kusch complementa: era nuestro centro, nuestro tema de subsistir...

O, dicho como declara Navarro en el libro “Ecos del tiempo subterráneo” de Gabriela Bravo y Cristián González,

“(...) las peñas fueron el primer lugar donde se abrió la lucha, pero se quedaron en ghettos. Se estaban muriendo solas. Y nosotros captamos al público peñero por el sentimiento contra la dictadura’. Para entonces, el valor

de resistencia que podía ofrecer la música en vivo ya estaba probado, y serían otros códigos los que acompañarían a la oposición cultural de ahí en adelante”.

La historia, por cierto, comenzó mucho antes. Navarro había llegado a Santiago desde su Punta Arenas natal a estudiar Diseño Paisajístico y, gracias a un primo, retomó su experiencia de productor musical que había empezado en la adolescencia, en los Festivales de la Canción de la Patagonia, encargándose de las “tocatas” del grupo Wampara. Por otro lado, había conocido a Kusch, compañera de su hermana en la carrera de Hotelería y Turismo. Primero administraron juntos el Ulm, luego el Café del Cerro, después se casaron y siguen juntos hasta hoy, en familia, y siempre con exitosos emprendimientos de gastronomía y turismo, desde hace años en Punta Arenas.

Para la pareja de entusiastas y empeñosos productores, el Kaffé Ulm fue como hacer la práctica. Estaban listos para empresas mayores.

Los tres meses anteriores a esa noche de mediados de septiembre habían sido un vendaval de sillas, mesas, platos, manteles, copas y vasos llegando, instalación del bar y proceso de pintura del mural que sería la imagen icónica del local: el cerro, con funicular y Virgen incluidos. Así comenzó la tarea de dar vida, personalidad y programación a una iniciativa que durante casi 10 años combinó la calidad artística, la diversidad de géneros y formatos, la gestión comercial y la conformación de un espacio ideológicamente antidictatorial.

Recuerda Navarro:

-Al Ulm llegaba la gente con propuestas que empezamos a incluir: llegó la gente de la Asociación Cultural Universitaria; después, la Unión de Escritores Jóvenes, que quería juntarse un día. Así fuimos inventando cosas para ir

llenando todos los días. Y ese fue el concepto que llevamos al Café del Cerro. Funcionar todos los días no era para nada común en la época, en el Ulm tratábamos de abrir todos los días, pero no teníamos público”.

“En el Café, igual. Nos dimos un año, dos, en que abríamos todos los días, pero lunes, martes y miércoles eran muy lentos. Al principio, no iba nadie. Y fuimos inventando todo lo que había que inventar: en los lunes programamos los encuentros de cantautores; los ciclos de cantautores exitosos, como Eduardo Gatti, que iban los viernes y sábado; los lunes populares; los martes de Manolo y Felipe, gratis, en que ellos solamente con sombrero... Y fue llegando la gente del barrio y así fuimos llenando todos los días, hasta que teníamos lleno de lunes a sábado”.

A la fecha de su inauguración ya funcionaban otros espacios fijos dedicados a recibir músicos y público que repudiaban la dictadura; entre ellos las peñas El Vinacho, inaugurada en septiembre de 1974 por Alejandro Chocair, el Aysenino Porfiado, en el Teatro Alcázar; El Fogón, en Vergara con la Alameda, abierto desde el año 1975; y las más conocidas, Doña Javiera, del cantautor Nano Acevedo, en el restaurante El Mundo de la calle San Diego; La Casona de San Isidro, a cargo de Pedro Gaete desde 1977, y la Casa Kamarundi, del actor Manuel Escobar, conocido como “Tilusa, el payaso triste”. Pero ninguna de ellas alcanzó la repercusión del Café, tanto por la cobertura de prensa que logró como por la importancia de la parrilla de artistas chilenos y extranjeros que estuvieron en su pequeño escenario.

En datos duros

Navarro y Kusch avalan la importancia del café con números: sus estadísticas, comprobables por la contabilidad de la época, indican la realización de sobre

tres mil espectáculos que implicaron 500 números artísticos y fueron vistos por un público superior a los 500 mil asistentes cifra que, dividida, supone una asistencia levemente superior a las 200 personas por día.

En un muy breve plazo, el Café se impuso como el lugar más importante para la presentación de los exponentes de la música contestataria o alternativa. Fue un referente musical en Chile, tanto para artistas ya consagrados, como para quienes comenzaban su vida en el espectáculo. Sobre su escenario se presentaron músicos del Canto Nuevo, jazzistas, rockeros, folkloristas e integrantes de la Nueva Canción Chilena; artistas de teatro, danza y poesía; y entre quienes desarrollaron otras disciplinas al alero de sus talleres, ubicados en el segundo piso, hubo artesanos, artistas gráficos y fotógrafos.

Por allí pasaron los más importantes músicos chilenos que, en los años 80, eran ajenos al sistema comercial o aún no eran absorbidos por él. Grupos como Santiago del Nuevo Extremo, Schwenke & Nilo, Grupo Abril, Los Prisioneros, La Ley, Sol y Lluvia, Los Tres y Fulano; cantautores como Eduardo Gatti, Hugo Moraga, Eduardo Peralta, Rosario Salas, Gervasio, Payo Grondona, Osvaldo Rodríguez, Roberto Parra y Juan Carlos Pérez; intérpretes femeninas como Tati Penna, Isabel Aldunate, Catalina Rojas, Katty Fernández; y solistas como Pablo Herrera y Joe Vasconcellos, hoy reconocidos a nivel internacional, prácticamente comenzaron o consolidaron su carrera artística en el Café. Igualmente estuvieron allí rockeros y representantes del pop nacional, como Los Prisioneros; o maestros jazzistas como Roberto Lecaros.

El Café participó de modo muy activo, junto a la Agrupación Amigos del Arte, en la creación y realización de los populares y recordados “Festivales del Barrio Bellavista” que, en su momento, sobrepasaron todos los pronósticos y expectativas planteadas en cuanto a repercusión y público implicado. Y gestó y

cobijó iniciativas como el “Encuentro Nacional de Cantautores”, en que 28 creadores se reunieron con gran éxito durante siete lunes entre el 6 de junio y el 18 de julio de 1983.

“Consideramos que es importante el Encuentro, porque será la primera vez en que se muestre de modo sistemático el trabajo de los cantautores, a quienes se invitó en forma amplia”, escribió Mario Navarro en la convocatoria. Y hoy, cuenta:

-Invitamos a todos los cantautores que circulaban por el Café como a los que no eran habituales. Los llamamos a todos y pusimos cabezas de serie. El único que se restó fue Dióscoro Rojas, que dijo que eso no era para él... una falsa modestia, por la que todavía lo molesto. Y eso que él era habitual en el Café y para las “fondas” que organizábamos en los ‘18’ cantaba junto con el Tío Roberto (Parra). Al que no quise invitar de frentón fue al Negro Piñera (Miguel Piñera), que ya había cantado en el Café. Tampoco era cantautor.

Los convocados, que interpretaban cuatro canciones en cada presentación, fueron Eduardo Gatti, Juan Carlos Pérez, Tita Parra, Rafael Araya, Hugo Moraga, Osvaldo Leiva, Pablo Ugarte, Patricio Valdivia, Payo Grondona, Eduardo Yáñez, Genaro Sandoval, Oscar Carrasco, Oscar Andrade, Nano Acevedo, Cristina, Mariela González, Alvaro Godoy, Julio Zegers. Luis Lebert. Pablo Herrera, Antonio Gubbns, Nelson Schwenke, Héctor Molina, Luis Guzmán, Flor Motuda, Rudy Weidmaier, Guillermo Basterrechea y Norman Ilic. También hubiera sido de la partida Eduardo Peralta, pero estaba de gira por Europa. Cada noche hubo un registro grabado de las actuaciones, los que se perdieron en los cambios de casa y de ciudad que ha vivido la pareja Navarro/Kusch.

El mismo 1983, pero ya llegada la primavera, organizaron en conjunto con la Revista La Bicicleta el “Festival de la Joven Música Chilena”. Las más de 300 canciones presentadas fueron evaluadas por un jurado de excelencia compuesto por los compositores y académicos Luis Advis, Cirilo Vila; la folclorista Margot Loyola, el poeta Enrique Lihn y los comunicadores radiales especializados en música chilena Sergio “Pirincho” Cárcamo, y Miguel Davagnino.

-Después no volvimos a hacerlo, pero fue una linda idea que daba tribuna a gente no tan conocida -comenta ahora Marjorie Kusch.

Aunque en la memoria colectiva de quienes vivieron esa época el Café aparece como “la casa del Canto Nuevo”, lo cierto es que no solamente esos músicos tocaron allí. Hubo, por ejemplo, grandes ciclos de jazz con Luz Eliana y su grupo, los hermanos Mario, Roberto y Pablo Lecaros, y grupos como Trifusión, Fulano, La Marraqueta, Ángel Parra Trío, Ensemble, Pentágono, entre otros.

-En el caso puntual de Luz Eliana, no fue fácil mezclar tanto y fue súper rupturista incluirla. Ella había sido una cantante reconocida en la Nueva Ola, y era una gran intérprete de jazz. Un amigo nuestro, Ricardo Stuardo, que tenía llegada a ella armó este ciclo de jazz que fue un tremendo éxito, así es que lo repetimos. También fueron exitosos los ciclos de los días viernes, que hicimos con el jazzista y maestro de generaciones Roberto Lecaros, en que pasamos por los distintos tipos de jazz. En este caso también tuvimos cantantes invitados... fue Rita Góngora, que estaba en el recuerdo también como parte de la Nueva Ola, y que era una cantante de ascendencia peruana extraordinaria –rememora Mario Navarro.

Las dos intérpretes mencionadas han sido consideradas voces importantes en el jazz nacional. La prensa las apodó 'la Ella Fitzgerald' y 'la Billy Holliday' chilenas, respectivamente.

Tampoco el folclore estuvo ajeno al Café. Hubo "fondas" dieciocheras que se hicieron tradición y que se engalanaron con la presencia de Margot Loyola, Gabriela Pizarro, el Tío Roberto Parra y su hermano Eduardo, Pedro Yáñez, Jorge Yáñez, el payador Santos Rubio, los grupos Chamal y Cuncumén, el arpista Hugo Lagos y Quelentaro, entre otros. Varios de ellos se presentaron en la programación habitual, más allá de las celebraciones patrias.

El rock y el pop tuvieron sus estrellas y su público: Los Prisioneros, La Ley, Los Tres, D'Kirusa, Joe Vasconcellos, Miguel Piñera y Fusión Latina, Sol y Medianoche, pusieron el rock, y Emociones Clandestinas, Valija Diplomática, Nadie, Aterrizaje Forzoso y Sexual Democracia, el pop.

-La Ley se formó en el Café. Era un proyecto que lleva el productor Alejandro Sanfuentes, que trabajaba con Carlos Fonseca, el gran productor del pop y el rock en el Chile de los 80 y con quien habíamos hecho cosas en conjunto. Sanfuentes llegó diciendo que querían arrendar un espacio, porque iban a formar un grupo. Arrendaron el primer taller que teníamos, que antes había sido de Pancho Puelma que hasta tenía allí su piano de cola –relata Navarro-. Y ahí se formó La Ley, que con su primera formación tuvieron su primera tocata en el Café. Después de mucho tiempo llegó el Beto Cuevas, que también ensayó en el Café. Carlos Fonseca era manager de los grupos Nada, Aparato Raro, Banda 69, 93 Octanos, que ensayaban en el Café o llegaban a él a buscar un escenario.

Navarro, con su particular intuición, no dejó fuera de la parrilla al grupo rock más emblemático de esos años. Y lo recuerda sin aspavientos:

-Después, llamé a Los Prisioneros que empiezan a actuar y se hacen habituales. Fueron memorables sus tocatas, por la cantidad de público que asistía a ellas.

Es que pocos estilos musicales quedaron fuera de la programación. Hubo jornadas de tangos, boleros, salsa, música teatral.

-Hubo espacio para todos, siempre que tuvieran calidad –dice Marjorie Kusch y agrega, en referencia a las críticas que circulaban en relación a que los criterios de programación dejaban fuera de la parrilla a algunos músicos-. Contratábamos a los que lo estaban haciendo bien, quizá por esa selectividad mucha gente no nos quería. Y cuando empezamos a traer artistas extranjeros, puede que también haya habido resentimientos.

Con lo anterior, Kusch se refiere a que por gestiones de Mario Navarro actuó en el Café, y además en la televisión chilena y en otros espacios del país, una serie de notables artistas extranjeros. Desde Argentina, los cantautores Luis Alberto Spinetta, Juan Carlos Baglieto y el ex Sui Géneris Nito Mestre; la rockera Fabiana Cantilo, la intérprete de tango Amelita Baltar, el dúo Pedro y Pablo, el grupo pop Los Twist, y los conjuntos de jazz Luis Borda Trío y Rodolfo Mederos Cuarteto. Asimismo, el excéntrico escritor y cantautor uruguayo Leo Masliah; los cubanos Carlos Varela, Santiago Feliú, Sara González y Vicente Feliú. También estuvieron presentes en el Café del Cerro representantes musicales de Perú; así como de Suecia, Francia y España, por nombrar algunos países fuera de América que aportaron artistas no conocidos masivamente.

Cuando las prohibiciones de ingreso a Chile fueron levantadas, y quienes estaban en el exilio pudieron regresar, dijeron “presente” en el escenario de Ernesto Pinto Lagarrigue algunos íconos de la Nueva Canción Chilena como Inti Illimani, Illapu, Isabel y Ángel Parra, Payo Grondona, Marta Contreras y Osvaldo “Gitano” Rodríguez.

-Todos ellos cuando volvieron, pensaban que iba a ser como cuando Zitarrosa y los Olimareños regresaron a Uruguay, que cantaron ante cuarenta mil personas en el Estadio Centenario. Es decir, creían que iban a cantar en el Nacional. Y se encontraron cantando en el Café. La realidad los fue llevando a darse cuenta que el Café era el lugar.

Sentado en las mesas de madera, iluminado por la luz de una vela en palmatoria de greda y bebiendo en vasos obtenidos del corte de botellas de vidrio, el público, formado básicamente por jóvenes profesionales, contó con figuras notables de paso en el país, que lo consideraban como parada obligada: Silvio Rodríguez, Alfredo Zitarrosa, Fito Páez, Atahualpa Yupanqui, el insigne guitarrista Andrés Segovia, León Gieco, Sandra Mihanovic, Celeste Carvallo, Peter Seeger, Daniel Viglietti, Víctor Manuel y Ana Belén, los integrantes de Soda Stereo, Ángela Carrasco, por nombrar solo a los ligados al ambiente musical. Residentes en Chile y en las antípodas: Nicanor Parra estuvo allí, así como un joven empresario que iba a aplaudir a su hermano Miguel: Sebastián Piñera.

Aunque su capacidad promedio era de 200 personas, algunas actividades marcaron un hito por el público convocado. Entre tantas noches a tablero más que vuelto, sus dueños destacan las 476 personas que acudieron al recital en que Los Prisioneros presentaron su disco “Pateando piedras”; las 382 que

fueron a escuchar uno de los tantos recitales de Eduardo Gatti quien, estadísticamente, fue el que más actuaciones tuvo a lo largo de la historia del local y siempre lideró el ranking de asistencia. Por su parte, 298 personas disfrutaron en su estreno “Neruda déjame cantar por ti”, monólogo de Franklin Caicedo, actor chileno por entonces residente en Buenos Aires.

Esa alta convocatoria, llamó sin duda la atención del gobierno militar. Así narra Navarro algunos episodios:

-Para la primera protesta nacional, en mayo del 83, el Café estaba cerrado, pero le dispararon balines de goma. Recuperé las vainillas y las marcas quedaron por mucho tiempo en la puerta. Otra vez, mientras estábamos en un ciclo de rock and roll tiraron bombas lacrimógenas. Y, lo más grave fue cuando en la mitad de la noche, ya sin público, tiraron bombas incendiarias; menos mal que el nochero logró controlar el fuego. También hubo un aviso de bomba; la Maggie [Marjorie Kusch] estaba sola, pero se hizo cargo llamando al GOPE (Grupo de Operaciones Policiales Especiales), y sacando a toda la gente al patio. Finalmente, menos mal, fue una falsa alarma.

También recuerda que, después del primer aniversario, el acomodador de autos de la calle les informó que habían pinchado los neumáticos a los autos.

-Me fui a Recoleta, encontré una vulcanización y empezamos a llevar neumáticos. Así estuvimos como dos horas, pero todos se fueron con su auto a la casa. El Café alcanzó tanta trascendencia que, a lo mejor, les resultaba más fácil no hacer nada.

Pequeños amedrentamientos. Naderías, en el contexto de horror que reinaba. Bárbara Hayes, periodista y en la época jefa de la sección de espectáculos del

diario de circulación nacional Las Últimas Noticias, tiene una idea sobre la permisividad que mantuvo Pinochet y sus equipos con respeto al Café del Cerro en particular y a la resistencia cultural, en general:

-Primero, a que en los 80 hay un poquito más de apertura frente al oscurantismo total de los 70. El 83 es la Primavera de Praga que después se cierra porque viene un contragolpe; vienen las protestas. Y dos, que éramos súper inofensivos, también; no le hacíamos daño a nadie cantando las canciones que cantábamos y tomando el vino que nos tomábamos. Y si esto estaba encapsulado en un lugar... ya, 'que estos comunistas se junten todos, se curen juntos y canten sus canciones'... Porque me imagino que más de alguna vez habrán metido ahí algún sapo y se habrán dado cuenta de que éramos inofensivos. Era como la salida de vapor de la olla a presión. Hay poco estudio serio de la lógica de la censura, de la ideología que había detrás de las comunicaciones de la dictadura.

“Fue una década intensa y muy bonita. Se hicieron muchas cosas” es el resumen que Navarro hace en el libro “Dulce Patria” de Mauricio Jürgensen.

Tan intensa que quedó en la memoria y que moviliza aún a sus, por entonces, habitués: en 2014, la Municipalidad de Providencia organizó un homenaje al Café que convocó, en cuatro noches consecutivas, a un público que agotó en tres horas las 1.200 entradas disponibles. Y que escuchó, con el mismo entusiasmo, a los artistas que los motivaban a llenar el local del barrio Bellavista, noche tras noche, durante diez años.

Hoy, la fanpage del Café del Cerro en Facebook tiene cerca de 750 seguidores y hasta la carta del Café Chocolate, lugar muy de moda ubicado en el mismo sitio, recuerda así a su antecesor:

"Histórico es el Café del Cerro, a él concurren artistas, periodistas y un público ansioso de impregnarse de los aires culturales de la época".

También las nuevas generaciones de investigadores se han interesado en indagar sobre su historia y legado.

Cristián González y Gabriela Bravo eran alumnos de la escuela de Periodismo de la Universidad de Santiago cuando investigaron, escribieron y publicaron "Ecos del tiempo subterráneo", libro con el que obtuvieron el premio "Escrituras de la Memoria" del Consejo Nacional de la Cultura y las Artes. González, hoy periodista deportivo en el diario La Hora, reflexiona sobre qué los llevó a estudiar este tema.

-En la época en que empezamos a investigar había muy poca información. Siempre me pregunté porqué había un vacío de información en el tema de lo que sucedió en las décadas del 70 y de 80. Un vacío en el sentido de que ni siquiera los mismos referentes de la Nueva Canción Chilena consideraban a los artistas que aquí estaban. Así es que investigamos en lugares que fueron importantes para la resistencia cultural, como las peñas, y obviamente el Café del Cerro representa exactamente lo mismo: una búsqueda de los artistas por encontrar una fuente laboral, un espacio donde poder expresarse y, sobre todo, subvertir el orden establecido, que era la dictadura.

Continúa González:

-Siendo Chile un país con tanto déficit de memoria, es súper oportuno rescatar esos espacios independientes que no tuvimos la oportunidad de conocer por dentro. Todo lo que escribimos lo hicimos a través de los testimonios de los

entrevistados. Por eso nos sentimos un poco pioneros, en el sentido de haber llegado a estos espacios de resistencia cultural que no estaban en ningún libro porque la historia oficial se ha encargado permanentemente de aplastar estos espacios, de hacer vista gorda con ellos.

-Nuestra cultura occidental se basa mucho en lo que dejamos como testimonio escrito. Por eso, más allá de que no hayamos vivido esos espacios, siento que es muy necesario preservar la memoria de este país a través de lo escrito. Lo que quedó testimoniado en el libro va a ser una historia oficial, porque va a estar escrito; pero igual va a ser siempre la historia de los 'nadie', de los que lucharon desde el anonimato.

Y finaliza: "En ese sentido, el Café del Cerro no puede quedar ajeno a todo eso, porque significó mucho para mucha gente y, a diferencia de las peñas, independiente de que pudo ser un espacio más comercial, fue mucho más transversal, porque agrupó muchos estilos musicales diferentes. Yo hubiese querido escribir un libro sobre este espacio, porque mucha gente nos habló de él, porque era para esas personas un referente cultural".

Más joven aún es Constanza Dinamarca, estudiante de segundo año en la Licenciatura de Historia de la Universidad Finis Terrae quien investiga el tema de la evolución de la bohemia santiaguina entre las décadas del sesenta y el ochenta. Le interesa también el Café del Cerro:

-Quiero estudiar este local por ser uno de los centros emblemáticos de los años 80, por los espectáculos que realizaban y por ser un centro cultural durante la dictadura.

Todos estos signos le han dado a Navarro y Kusch una nueva perspectiva sobre la labor que realizaron:

-Poco a poco nos hemos dado cuenta de la importancia que tuvo –reflexiona Navarro-. Con el tiempo, con el homenaje de Providencia, hemos ido tomando conciencia de lo que fuimos, de que todo el mundo nos conoce. En nuestro restaurante en Punta Arenas tengo una muralla de recortes del café y muchos jóvenes nos dicen “¡mi papá me ha hablado del café!”.

Como si hubiera podido mirar en una bola de cristal, Sergio “Pirincho” Cárcamo, reconocido comunicador radial, escribió en “La Punta del Cerro”, revista que el local distribuía por correo:

“El Café del Cerro ha sido un lugar de primer orden en la historia que va más allá de lo meramente musical, en estos tiempos que vivimos y que fueron de características tan especiales y distintas para cada uno de nosotros. Con el tiempo, se ha transformado en un espacio de mucho prestigio y que da garantía de calidad. El desarrollo del movimiento musical y el nacimiento del Pop chileno le debe mucho a este espacio, a este lugar que los cultores pop tuvieron para cantar y alegar representando una generación de jóvenes chilenos. Y el Café existe por el justo equilibrio entre lo interior, los deseos de hacer las cosas, y por supuesto, lo económico”.

Las otras vidas del Café

En sus diez años, el Café del Cerro sostuvo una serie de iniciativas anexas, que lo hicieron un lugar de encuentro permanente, y en todo horario, de manifestaciones artísticas, gastronómicas y de extensión. Inolvidable para

quienes vivieron la experiencia fueron los monólogos teatrales que allí se presentaron.

Franklin Caicedo, importante actor chileno ya fallecido y que, por entonces, desarrollaba una exitosa carrera profesional en Buenos Aires, presentó “Neruda, déjame cantar por ti”, monólogo en que mezclaba extractos de “Confieso que he vivido” con poemas completos del Premio Nobel.

-Eso fue desbordante. Y la actuación, maravillosa –recuerda Mario Navarro. Lo hicimos en varias noches, todas con más gente que nuestra capacidad real. Llegaron a verlo Matilde Urrutia... Anita González, la Delfina Guzmán. También nos fue muy bien con “El Cristo de Elqui”, monólogo de Raúl Palma, sobre “Sermones y prédicas del Cristo de Elqui”, obra de Nicanor Parra, quien estuvo dos o tres veces seguidas. Era muy bueno como espectáculo.

Para Palma, las presentaciones en el Café fueron parte de una larguísima temporada con el espectáculo unipersonal rotando por diversos escenarios.

-Yo estaba muy activo en teatro y en televisión. Me movía por el Barrio Bellavista que era muy cultural y llegué al Café. Para mí el Café del Cerro tenía su sello, era tirado para la música. Así es que a mis funciones, que eran en el patio y a una hora diferente que la de los recitales, no fue tanta gente como la que asistió a las presentaciones que hice en la Plaza Mulato Gil. Yo recorrí todo Chile con este monólogo, así es que el Café del Cerro fue una pincelada no más, sin desmerecerlo.

También estuvieron presentando espectáculos teatrales Orietta Escánez, con “Yo mujer”, dirigida por Edmundo Villarroel, quien estuvo dos meses en cartelera y que, según la prensa, fue vista por cinco mil personas, como lo

consigna una nota del diario La Tercera, que también da cuenta del aplauso proveniente de una cantidad de importantes personajes de la cultura, entre ellos agregados culturales, escritores como Alfonso Alcalde y Luis Sánchez Latorre, y pintores como Nemesio Antúnez.

Carlos Trujillo, Carloco; Pin Pon y Mario Lorca igualmente estuvieron en cartelera con éxito. Y el humor, que fue carta para noctámbulos y trasnochadores, corrió de la mano y los ácidos libretos de Juan Carlos “Palta” Meléndez, Ricardo Meruane, Oscar Olavarría, Felo, El Nene y Luis “Pippo” Guzmán.

No todo lo realizado en el Café del Cerro tuvo la marca de lo efímero, ya que algunas iniciativas quedaron para el recuerdo. Hoy son de colección, ya que no fueron reeditados, y pueden ser encontrados en “Mercado Libre” junto a afiches de recitales y entradas impecablemente guardadas. Se trata de los casetes rotulados como “Café del Cerro”, editados por el Sello Alerce con grabaciones de estudio. El primero, del año 1984, es un compilado con los doce artistas más reconocidos del ámbito, que logró gran recepción de público y de crítica. El segundo, de 1990, presenta una selección musical que incluye lo más destacado de la creación musical de la década anterior.

Fuera de ellos hay otras tres publicaciones, siempre aparecidas bajo el signo del Sello Alerce, que recogen presentaciones realizadas en el Café. El uruguayo Leo Masliah grabó “En vivo”; Felo hizo lo suyo con “Se busca”. La tercera es, probablemente, el registro de mayor peso musical y emotivo de ellas: igualmente se llama “En vivo” y dejó testimonio de la primera presentación, al regreso de su exilio, del cantautor Osvaldo “El Gitano” Rodríguez, ya fallecido, y emblemática figura de la Nueva Canción Chilena.

Además de lo narrado, el local tuvo muchas otras vidas. Abría a las 9 de la mañana, no para presentaciones sino para recibir a quienes copaban las 16 salas de ensayo que habilitaron desde el comienzo. Eran productores musicales, pintores, artesanos, músicos. Compañías de danza como Espiral, de Patricio Bunster y Joan Jara; la de Magaly Rivano; el Instituto de Danza Malucha Solari y el grupo Chamal, de Hiranio Chávez. E incluso una escuela de teatro, dirigida por Humberto Duvauchelle.

Igualmente temprano llegaban los “funcionarios” del Café, quienes trabajaban en turnos. Entre quienes estaban en la mañana, figura el escritor y poeta Víctor Hugo Romo, que había comenzado a trabajar con Mario Navarro mucho antes, aún en la década del setenta, en el equipo de producción de los recitales “Nuestro Canto”, iniciativa del hombre de radio y productor Miguel Davagnino. Estaba a cargo de muchas tareas de producción, de la gestión de prensa, y luego -sucediendo en la labor a la periodista e intérprete Tati Penna- de la dirección de “La Punta del Cerro (La verdad sin misericordia)”, editada y financiada por el Café, cuyos dos mil ejemplares eran distribuidos, gratuitamente y por correo, a una base de datos compuesta por el público habitué y la prensa. En sus 23 números, de doce páginas, publicó pequeñas entrevistas, comentarios de grabaciones, un ranking de público, cuentos, horóscopos, noticias y la cartelera mensual de espectáculos. Romo recuerda y reflexiona:

-“La Punta del Cerro” también surge por Mario, un precursor de la recuperación de la noche, de la invención del Barrio Bellavista. Él supo que había que conseguir la fidelización del público mediante un recurso gráfico, impreso, que le llegara a la gente a sus casas. Y tuvo la grandeza de invitarme. Hacíamos la pauta juntos. Trabajábamos todo el mes para imprimir un día y despachar por correo. Está ahí también su generosidad de compartir con el público realizando

un gasto que, visto de otra manera, se podía ahorrar. Como yo no era periodista, hay algo muy literario en la revista. Había una sección que escribía supuestamente un Michigan, que era yo mismo, con la vida de rockeros inexistentes, pero no decíamos que no existían. Eran pequeñas biografías que aparecían como una verdad. ¡Inventamos la posverdad!

En esa misma línea, durante varios años existió una imprenta de serigrafía, junto a un taller de diseño y un laboratorio fotográfico, donde se gestó e imprimió la gran mayoría de la publicidad del local, instalaciones que eran utilizadas también para prestar servicios a iniciativas externas.

De lunes a viernes, además, el Café ofrecía menús, colaciones de medio día nada sofisticadas pero sabrosas, sanas y a buen precio, teniendo un gran público entre los ocupantes de talleres, artistas, oficinistas del sector Bellavista y público en general.

-A la hora de almuerzo era otro mundo. Llegaba la gente de las oficinas, pero también músicos y actores, como Oscar Olavarría y Patricio Torres, que venían cuando grababan el “Jappenig con Ja” en Televisión Nacional, que estaba más o menos en el barrio.

Las claves del engranaje

Para que un negocio con tan diversas aristas funcione, y lo haga bien, debe sostenerse con organización y, sobre todo, con un norte claro. ¿Lo tuvo el equipo directivo del Café?

-Siempre lo vimos como una fuente de trabajo, de nosotros y de los músicos. Que teníamos un compromiso, lo teníamos; pero siempre vimos al Café como

una fuente de trabajo. Darle un aporte económico, darle publicidad a nuestros artistas, era un asunto político, absolutamente. Teníamos un aparataje con los medios, por lo que un artista, en un fin de semana, podía ganar muy bien, no había ofertas de plata similares en otros locales -detalla Mario Navarro-. Yo nunca me cerré a ningún artista; algunos criticaban al Café, nos acusaban de que éramos comerciantes y se marginaron; pero nuestro trabajo trascendió. Yo siempre lo planteé así: romper el gueto de las peñas, donde íbamos los mismos a llorar y a sufrir.

El cantautor Hugo Moraga confirma esas palabras con su experiencia y les agrega otra perspectiva:

-A mí, el tocar en el Café fue parte de lo que me consolidó; me hizo perseverar por sobre las dificultades económicas. El Café a pesar de lo modesto; de lo, digamos, pequeño; nos hacía existir. Pequeño pero con continuidad. A veces uno piensa en el Café como algo donde lo iban a escuchar 50 personas, a veces 30... Nada, pensando que en televisión cuando uno tiene un punto de rating son 60 mil personas las que te vieron. Entonces, las dimensiones son totalmente diferentes.

“Lo extraño es que, algo ocurre con esta especie de comunión que se produce, aunque sean muy pocas personas que te escuchan -continúa-. Y eso te retroalimenta, te hace seguir adelante. Yo creo que el Café me sirvió a mí, a muchos, para sentir esa determinación de seguir adelante, lo que pudo haber sido tanto o más valioso que haber salido en la televisión y ser visto por un millón de personas. Incluso si hubiera sido visto en estos programas, lo que hubiera ocurrido habría sido menos valioso que lo que me ocurrió por haber sido acogido por el Café, por la gente que estaba allí. Y que esa gente me diera el respaldo que yo necesitaba como artista.

Para que esa magia ocurriera, había un equipo detrás. El núcleo básico del Café, desde el comienzo, estuvo compuesto por la dupla Navarro/Kusch, más Víctor Hugo Romo y Eugenia Velasco. Llegaron a hacerse cargo de una casona desocupada, desde hacía al menos un año, así es que debieron limpiar, raspar y cambiar vidrios, conseguir datos y picadas para dar realidad a la imagen del Café que tenían en mente. Fue ese el espíritu del equipo: hacer lo que fuera necesario para sacar adelante el proyecto.

Desde el inicio hubo personal de cocina, liderado por Susie, que creó nuevos tipos de sandwiches, los que fueron bautizados con nombres ad hoc al local: Cerro, Zoo, Jirafa, Río Mapocho, Teleférico, el más popular.

El equipo contemplaba alguien en la puerta, para la venta y control de entradas. El rol, la mayor parte del tiempo y desde que se transformó en suegra de Navarro, lo ejerció la señora Eliana, madre de Marjorie Kusch, quien fue, a la vez, querida y mal querida porque, como dice Eduardo Gatti, “podía ser un amor, como conmigo, o una fiera si alguien se le atravesaba”.

El trámite de sacar patentes corrió por cuenta de Kusch, quien lo califica de “duro y largo, por que nos hicieron muchas exigencias”. Y porque los recursos eran pocos:

-A mí me entraba algo por mi trabajo en sonido, pero no era suficiente. Recurrimos a los abuelos de la Maggie [Marjorie], que nos entregaron todos sus ahorros; a mi padre, a mi madre, que fue nuestro aval, porque no nos querían arrendar. Cuando hicimos los tijerales, con asado, no teníamos plata para pagar a los maestros, nos la prestaron unos tíos. Las familias nos apoyaron, confiaron en nosotros, pese a que éramos unos niños. Teníamos 21

y 23 años, respectivamente –cuenta Navarro y, como muchas veces, complementa Kusch: Teníamos toda la esperanza, la inocencia y la inconsciencia de todo lo que venía.

Pese a la juventud, pusieron mucho empeño en la formalidad: siguieron todas las normas, pagaron impuestos, respetaron las leyes sociales, timbraron las entradas en Impuestos Internos. Tuvieron una cuenta corriente abierta en un banco donde un ejecutivo creyó en su proyecto. Pagaron sueldos acordes al mercado.

-Éramos nosotros los que no teníamos sueldo. No existía el sueldo empresarial en el país por entonces –comenta Navarro.

Compraban en La Vega, en el mismo barrio y, en un comienzo, iban a hablar por teléfono a un boliche de la esquina, al que le pagaban una vez al mes. Poco a poco, consiguieron proveedores que les llevaban los productos a la puerta y el jefe de ventas de Pisco Capel, hermano de uno de los cantautores que solía actuar en el Café, les auspició el programa, algo bastante poco usual en la época. Al año, compraron una camioneta Torino, que les permitió gestionar con mejores resultados el abastecimiento de la cocina y el bar.

-También al año empezamos a dar almuerzos: era un menú económico, llegó la gente de las oficinas, de los canales, de los talleres del segundo piso. En lo que a precios se refiere, siempre cuidamos que todo fuera asequible, con precios para estudiantes en las entradas, por ejemplo –cuenta Kusch.

Como “modelo de gestión”, término inexistente en los 80, el Café del Cerro fue un cruce entre Pyme, empresa familiar y emprendimiento juvenil.

-Ciertamente éramos una pequeña empresa familiar, porque trabajábamos todos nosotros, los hermanos de Marjorie, después la Eliana... ¿Emprendimiento juvenil? Claro, éramos un par de pendejos los que partimos. ¿Y una Pyme? Sí, nos manejamos siempre como empresa, no hicimos el Café como hobby o como choreza, era una forma de subsistencia, una forma de vida. Marjorie había estudiado eso y pudimos vivir de él, conseguir que la gente que trabajaba con nosotros viviera de eso y generar una fuente de ingreso para los artistas. Hubo artistas que, de no haber actuado allí, no hubieran logrado las mismas remuneraciones, ni hubieran tenido la continuidad que tuvieron.

El Café se financiaba con las entradas, con el arriendo de los talleres, con el consumo.

-Todo eso nos reportaba para poder cumplir con los compromisos –declara Navarro-. Pero, como en esa época había mucha plata circulando desde el exilio, siempre se pensó que este era un proyecto de afuera, del PC, que estábamos apoyados, que había gente detrás nuestro... La verdad es que el Café fue una cosa de nosotros con el apoyo de las familias. Nunca hubo nada extra.

Marjorie complementa:

-Como éramos contrarios al gobierno, se instaló esa idea y la gente puede seguir pensando que estábamos apoyados, porque hubo mucho resentimiento. Estábamos en medio de un fuego cruzado. La gente amiga, cercana entre comillas, nos entendía más, nos veía como incomprendidos. Otros, que nos creían mediamente exitosos, pensaban que nos estábamos haciendo la América a cuenta de los artistas. Hubo un tiempo en que nos sentimos rechazados, porque no se valoraba la importancia del Café y se veía que

estábamos haciendo un negocio no más. Pero todo el trabajo fue hacerlo lo mejor posible, sin experiencia. Todo el rato fue eso... sacarnos la mugre, estar ahí abriendo y cerrando.

Los ingresos del Café ayudaron a financiar a Del Cerro Producciones, empresa igualmente familiar que pasó a las grandes ligas, ya que realizó giras por el país y fuera de él. Entre ellas, llamaron la atención -aunque no necesariamente fueran un éxito comercial- las tres de Los Prisioneros: “Pateando piedras”, por 18 ciudades; “La cultura de la basura” y “Corazones”, ambas por comunas de Santiago.

Otras giras importantes por Chile tuvieron como protagonistas a Eduardo Gatti, ya fuese solo o acompañado por Eduardo Peralta o por Nito Mestre; Santiago del Nuevo Extremo, Sol y Medianoche, Sol y Lluvia, Schwenke y Nilo, y Congreso. Igualmente la empresa se encargó de las giras nacionales de artistas que regresaban del exilio, como Illapu, Isabel Parra, Inti Illimani y Patricio Manns; y de la gira internacional por 28 países del conjunto Santiago del Nuevo Extremo. A la vez, representó a artistas extranjeros de renombre en Chile: Atahualpa Yupanqui, Fito Páez, Vicente Feliú, Piero, Nito Mestre, Víctor Heredia, Leo Masliah y Fabiana Cantilo.

Del Cerro Producciones tampoco estuvo ajena a la producción de recitales, conciertos y festivales en teatros y colegios de Santiago y provincias, incluidos los cines Gran Palace, Ducal, Oriente y Astor; los teatros Caupolicán, Teletón, Municipal de Viña del Mar, Cariola y Camilo Henríquez; los estadios Chile, Santa Laura, Palestino y de Quillota, así como el Anfiteatro San Miguel y La Tortuga de Talcahuano.

-Pero en números, no salía como pensaba mucha gente en ese minuto, que era un forro de plata. Vivíamos el día a día –desclasifica Kusch-. A veces

teníamos que pedir plata y como las cosas con los bancos no eran como ahora, se les pedía a los amigos, a la mamá, al papá. En ese tiempo, Mario hizo muchas producciones fuera del Café. Algunas exitosas, otras un fracaso, como una que hicimos en la Tortuga de Talcahuano, con todo en contra... un año de trabajo en el Café se fue ahí. Económicamente empatábamos o ganábamos muy poco. Cuando hicimos el recital de Los Jaivas, con Nito Mestre, Congreso y Eduardo Gatti, tuvimos un lleno en el Santa Laura, pero el público echó a perder el pasto y debimos pagarlo al otro día. O sea que lo que ganamos se fue ahí. Todo eso que nos llenó el alma, lo financió el Café.

Para Víctor Hugo Romo, la gestión de Navarro fue exitosa porque logró dar sustentabilidad al negocio, lo que permitió que el Café, en tanto fuente laboral, subsistiera.

-Mario sabía equilibrar muy bien lo que era su compromiso social con su rol de empresario. Su talento ha sido reconocer dónde están los talentos del otro y darles el espacio. El reconoció también una realidad: que había un mundo por mostrar, que no tenía espacio donde participar. Cuando llega a administrar el Kaffé Ulm lo enriqueció con una parrilla de artistas, y esos artistas dicen 'necesitamos una fuente laboral'. Así es que cuando él hace el Café del Cerro, sabe que de oferta musical no iba a quedar corto. Ahora, si el público fracasaba, ese era otro tema.

El público no fracasó. Era mucho y diverso, según Mario Navarro.

-El público era distinto, dependiendo del tipo de música. Pero había un número habitual que iba al Café, que pagaba la entrada y después preguntaba '¿quién canta hoy día?'. Y esa era una parte importante. Lo que variaba era la cantidad: de tener doscientas, trescientas personas cada fin de semana a tener

cuatrocientas. Eran estudiantes, profesionales jóvenes, gente fuera del sistema, contestataria, que buscaba sentirse un poquito en casa; pero también llegaba otra gente que iba porque lográbamos equilibrar lo que estaba de moda.

Todo ese equilibrio es también valorado por Hugo Moraga:

-Yo siempre pensé en tener un café, un boliche mío; pero nunca me atreví, por las dimensiones de lo que significa, por el compromiso. Siento que, como dice Sor Juana, “el arte es proporción”, y en el Café, esta proporción fue tan eficiente que logró sostenerlo en el tiempo y generar un recuerdo en la gente y ser considerado un hito en la historia de la música popular. No se puede hablar de la música popular en Chile sin mencionar el Café del Cerro y lo que ahí ocurría.

Viendo las cosas desde dentro, Romo cree que la clave de esa proporción ancla en dos aspectos asociados: músicos que necesitaban dónde mostrarse; y el lugar mismo, que permitía tener una sala de conciertos para la noche así como espacios para arrendar talleres y mantener un restaurante.

-Y un tercer elemento, que sería como el elemento escondido pero es el más importante: tener una pareja como Marjorie Kusch. Eso es clave. Ella es el cable a tierra, la realidad constante, el aterrizaje de este señor que va para adelante como un caballo de carrera.

Una presencia nada fugaz

Una caja repleta de carpetas con recortes, en poder de Mario y Marjorie, es el resumen de la recepción que las actividades del Café del Cerro tuvieron en la

prensa nacional chilena. Reúnen publicaciones en diarios y revistas y, a la inversa de lo que pudiera pensarse, muestra que los medios oficialistas (El Mercurio, La Segunda, Las Últimas Noticias, La Cuarta) informaron permanentemente la programación diaria del local, no sólo en las carteleras, sino también con notas, entrevistas y reportajes de diversas dimensiones. Estas apariciones correspondían, mayoritariamente, a la voluntad de periodistas que no comulgaban con el régimen y que valoraban las acciones de espacios que conjugaban lo político con una gestión comercial y de producción de calidad.

Rigoberto Carvajal era un joven profesional que recién daba los primeros pasos en el mundo de la prensa. Durante la existencia del Café trabajó en los diarios El Mercurio y La Tercera:

-Yo diría que no costaba tanto cubrir las actividades del Café del Cerro y otros lugares similares por la simple razón de que los periodistas que trabajábamos en lugares tradicionales nos hicimos expertos en manejar el subtexto y la metáfora, al igual que lo hacían los artistas sobre los que escribíamos. Y el público nos entendía clarito.

Bárbara Hayes que, como hemos dicho era a la sazón jefa de Espectáculos de Las Últimas Noticias, dirigía un equipo dividido en cuanto a opciones políticas. Sin embargo, su sección fue una de las que más asiduamente informó sobre el Café y otras expresiones artísticas del descontento. Comenta que jamás recibió una presión de parte de los directivos del diario para no dar ese espacio.

-Primero estaba en los suplementos, área que dirigía Enrique Ramírez Capello, una persona que no estaba con la dictadura y que abrió muchos espacios en los suplementos a toda la gente de la contracultura de todos esos tiempos. Y después, cuando fui jefa de Espectáculos, estando Raúl González Alfaro como

subdirector, mentiría si dijera que recibí de él alguna lista negra, algún reto o llamado de atención por lo que publicábamos. Sí creo que uno tenía una autocensura que no era menor; pero, en la cosa cultural, de espectáculos, no recuerdo que uno no haya podido entrevistar o dar cabida a los artistas del Café del Cerro y otros. Me acuerdo que el Nano Acevedo, por ejemplo, era un entrevistado habitual, porque estaba siempre dispuesto; y el Nano era, claramente, del Partido Comunista.

Si bien no hubo amonestaciones, a comienzos de 1984 la empresa periodística El Mercurio despidió a 147 periodistas de sus tres diarios nacionales. Entre ellos, Hayes y varios de sus colegas de suplementos y de la sección de Espectáculos de Las Últimas Noticias. La mayoría pertenecía a la APJ (Asociación de Periodistas Jóvenes) organización claramente contraria a la dictadura.

Otras publicaciones, como la siguiente, del periodista Luis Fuenzalida en el diario La Cuarta, si bien hacen hincapié en que era un lugar donde se vivía la protesta, a la vez valoran la calidad del espectáculo que en él se muestra y, de paso, describen al ambiente.

“Acudo al Café del Cerro, catedral de la protesta musical, porque no quiero perderme el recital de Isabel Aldunate, musa del ‘gauchismo’ criollo. Lleno total con gente hasta en la vereda”.

“Selva de pelos largos y barbas desgreñadas, anteojos intelectuales y ninguna corbata, muchachas en ‘jeans’ supergastados y en onda artesana, tibio aroma a empanadas. Parafernalia en las paredes con afiches de todos los artistas que han pasado por este lugar, jamás vistos en la tele. Como contrapartida, jamás podrán llegar aquí la Simonetti, el ‘Pollo’ Fuentes o la Ginette”.

“Y sale Isabel, toda de blanco, pantalón y sayal, cuero y cobre en sus muñecas y su garganta. Aquí los aplausos y pateos comienzan marcando un compás muy especial y luego terminan en ovación”.

“Isabel Aldunate canta -¡Por Dios, cómo canta esta mujer!- un repertorio súpercomprometido, panfletario y de protesta, de mucho contenido y bellissimo”.

A los continuos artículos publicados por los diarios tradicionales mencionados, hay que agregar la cobertura de los medios disidentes: los diarios La Época y Fortín Mapocho y las revistas Hoy, Análisis, Apsi, Pluma y Pincel, La Bicicleta y Cauce destacaban las presentaciones muchas veces en extenso y con crónicas especiales.

Fuera de ellas, revistas como Paula, aquellas vinculadas a las tarjetas de crédito, de boga por entonces e, incluso, semanarios políticos como Ercilla y Qué Pasa, o la Revista del Domingo no fueron indiferentes a su importancia. Con Qué Pasa, sin embargo, hubo un conflicto debido al reportaje sobre la cultura de oposición realizado con evidentes intenciones delatoras por una alumna en práctica. Navarro envió una carta de queja al semanario, la que fue publicada por éste.

La también periodista Ana María Foxley, quien en esos años cubría el sector de cultura para la revista Hoy, reportó y redactó numerosos artículos sobre el local. En la revista “La Punta del Cerro”, con motivo de un aniversario del Café, dejó estampadas las siguientes palabras:

"El empuje, profesionalismo y trabajo esforzado de Mario y Maggie [Marjorie] y el apoyo de muchos colaboradores y amigos transformaron al Café en un espacio democrático, de respeto a la libertad de creación y expresión, y de tolerancia a la diversidad creativa. Confío que, en democracia, el Café no solo se robustecerá sino que ampliará su radio de actividad y difusión, siempre haciendo confluir, confrontarse y dialogar la cultura del exilio con la del interior, la alta cultura con la cultura popular, y la realidad con los sueños".

La existencia e importancia del local trascendió Chile. Entre los recortes recopilados por sus dueños figuran un reportaje de media página en el New York Times, del 3 de julio de 1983, sobre la resistencia cultural en Chile, que da mucha importancia a la música como vehículo de expresión de ansias y frustraciones juveniles, y cuyas fotos muestran a cantautores en el escenario del Café.

Otro recorte que atesoran es del diario Faro de Vigo, autodefinido en letras de molde como el 'decano de Galicia'. En fecha indeterminada, ya que la publicación solo indica jueves 22, el corresponsal Miguel Leguineche publicó a página completa el artículo "Chile, psicoanálisis de una nación". En él se lee:

"Entre los jóvenes de Santiago la moda es el Café del Cerro o la sintonía de radio Galaxia los domingos al mediodía. 'El boom del canto nuevo dura ya dos años y va a más', me dice Mario Navarro, el propietario del Café del Cerro, 'pero esto es algo más que un negocio'. Otros lo cuentan así: 'En Chile hoy levantas y sale un cantautor'. Canción rebelde, lastimera, de denuncia o reflexión, intimista, irónica, ecologista, amarga o más esperanzada así es el canto nuevo que se refugia en el Café del Cerro con los discípulos de Violeta o del 'Te recuerdo, Amanda' de Víctor Jara".

No solo la prensa escrita se hizo cargo de mostrar la actividad del local. Ciertos programas como “Hecho en Chile”, de Sergio “Pirincho” Cárcamo, en Radio Galaxia, “Nuestro Canto” de Miguel Davagnino, en Radio Chilena y “Raíces latinoamericanas” de Juan Miguel Sepúlveda en Radio La Clave continuamente difundieron a los músicos habituales del Café y sus tocatas. Justamente es Cárcamo quien explica qué hizo factible esa difusión, en la tesis de Francisca Rojas y Francisca Salinas, "El canto nuevo censurado":

“(...) todos estos lugares como el Café del Cerro, empezaron a tener mejores equipos de sonido y de grabación; entonces grabaron muchas cosas en vivo, en casete, y la gente empezó a llevarlas a las radios (...). Y empecé a pasar avisos de las tocatas que habían, pero como estaba más o menos prohibido, yo pasaba un aviso de 'Tal y tal va a tocar en una olla común en La Pintana' para reunir fondos para que tuvieran comida y después pasaba un aviso de 'una fiesta con karaoke en la Escuela de Inglés de la Universidad Católica' y el que oía, oía, pero pasaba todo tipo de avisos”.

La televisión tampoco quedó fuera del circuito. A pesar de las restricciones vigentes, los artistas que se presentaban en el Café eran visitas -en algunos casos, habituales- en programas matinales, juveniles y misceláneos, que les daban cabida para promocionar sus actuaciones. También eran números recurrentes en algunos estelares. Mario Navarro hace un recuento de esas apariciones.

-Logramos romper el círculo de la tele, de la radio. Del Café saltamos a “Martes 13”, a la “Canción del Invierno”, a “Padrinos y Ahijados”, programa en que el ganador fue Luis “Pippo” Guzmán apadrinado por Eduardo Gatti. Entramos a “Sábados Gigantes”, en su “Escalera a la Fama”, donde “Don Francisco”

presentaba a cuatro o seis artistas. Les hacían una breve reseña y todos los sábados de dos o tres participantes decían "y viene del Café del Cerro". Muchas veces filmaron esas notas de presentación en el Café. Estábamos siempre en "Extra Jóvenes", en "Chilenazo".

Mientras estuvo en funcionamiento también sirvió de locación para la teleserie "Andrea, justicia de mujer", que Canal 13 produjo y emitió en el año 1984. El local formaba parte de los espacios predeterminados del libreto -escrito por el guionista Jorge Díaz Saenger y el director de televisión José Caviedes- por lo cual apareció en muchos capítulos. La actual señal de cable Rec, de la misma estación, ha repetido esta telenovela, protagonizada por la actriz argentina Cecilia Cenci, Patricio Achurra y Marés González.

Tras el retorno a la democracia, en sus instalaciones se realizaron dos programas estelares de Televisión Nacional de Chile, conducidos por el actor Bastián Bodenhofer, bajo el título de "Desde el Café del Cerro" y con la actuación de Inti Illimani más Andrea Tessa, y luego con una de Los Jaivas.

Finalmente, y ya muchos años después de su desaparición, la televisión se encargó de dejar constancia de la importancia como espacio del Café del Cerro, al recrear el local en la masiva serie "Los 80", estableciéndolo como escenario del encuentro de dos importantes personajes.

Pero su influencia no solo quedó plasmada en los medios. Una variada gama de libros de la época hacen referencia al Café: "El evento" y "La copia infeliz del Edén" (Editorial Planeta, Chile, 1991) de las periodistas Totó Romero y Ximena Torres Cautivo; "Aventura de Miguel Littin clandestino en Chile", de Gabriel García Márquez (Editorial Diana, México, 1986); "La mala memoria" de Marco Antonio de la Parra (Editorial Uqbar, Chile, 1998); "De perlas y cicatrices" de

Pedro Lemebel (LOM Ediciones, Chile, 1998) y “En el país prohibido: sin el permiso de Pinochet” de Volodia Teitelboim (Ediciones Lars, Chile, 1998). El escritor y cantautor Desiderio “Chere” Arenas declaró en alguna oportunidad que su libro “La playa de los alacranes” (Planeta, Chile, 1993) fue inspirado por la presencia de Sebastián Piñera sentado apretadamente en la galería del Café del Cerro.

En los años posteriores al cierre del local, es mencionado en una serie de investigaciones y publicaciones, ya sea en formato libro, blog, columna de opinión o comentario acompañando un video en Youtube. Las menciones son realizadas con el objetivo de reseñar su importancia o, simplemente, contar anécdotas que lo tuvieron como escenario.

Los periodistas Daniel Campusano, Macarena Chinni, Constanza González y Felipe Robledo hablan de él en “Álvaro Corbalán: El dueño de la noche” (Ceibo Ediciones, Chile, 2015) en relación a la creación por parte del agente de inteligencia de un local destinado a la música chilena.

‘El ‘Café del Cerro’ era uno de los escasos epicentros culturales de la época donde la gente se reunía a escuchar a artistas como ‘Congreso’, ‘Payo’ Grondona, Óscar Andrade, ‘Santiago del Nuevo Extremo’, ‘Aquelarre’, ‘Sol y Lluvia’ y otros que regresaban del exilio. Era un local pequeño, donde muchas veces su capacidad se veía sobrepasada debido a su arrolladora popularidad. Debido a su ambiente marcadamente izquierdista, siempre estuvo en la mira de la CNI, a pesar que no era un lugar prohibido. Gatti menciona que en una ocasión todas las ruedas de los autos estacionados fuera del café fueron pinchadas. Otra vez hubo dos bombazos. Para el ‘Palta Meléndez’, Corbalán creó la ‘Casa de Canto’ para quitarle la popularidad al ‘Café del Cerro’”.

Antes de recordar un episodio ocurrido durante una de las presentaciones de Los Prisioneros, el periodista Mauricio Jürguensen describe así el Café en su libro “Dulce patria, historias de la música chilena” (Ediciones B, Chile, 2017).

"Entre sillas de paja, cómodas ocupadas como mesas y vasos hechos con botellas de pisco partidas por la mitad, el Café del Cerro albergó una escena y también fue territorio de uno los enfrentamientos más simbólicos de la música chilena de esa época: el del amordazado Canto Nuevo contra el deslenguado nuevo rock ochentero. Pasado y presente, templanza y arrojo que se vieron las caras una noche de marzo de 1985, pocas semanas después del terremoto que había afectado a la zona central del país y en el contexto de una cita benéfica que buscaba recaudar fondos para ir en ayuda de las víctimas del sismo. En el cartel estaban los *top one*: Gatti y compañía. Pero también aparecían Los Prisioneros en categoría de villanos invitados. En ese recinto sin tarima, con los músicos a la misma altura del público, González, Narea y Tapia comenzaron a tocar y de inmediato se escucharon las primeras pifias. A poco andar recibieron vasos y ceniceros como proyectiles. El abucheo era nítido, tanto que el líder de los sanmiguelinos no encontró nada mejor que dedicarles a los presentes 'Nunca quedas mal con nadie', la misma del 'tu guitarra, oye imbécil barbón, se vendió al aplauso de los cursis conscientes'. El choque de públicos y repertorios nunca se hizo tan evidente como en esa cruda velada en el Café del Cerro".

El momento también es relatado en “Corazones Rojos. Biografía no autorizada de Los Prisioneros”, del también periodista Freddy Stock (Penguin Random House Grupo Editorial Chile, 2015):

"El programa principal a mediados de año consistiría en un ciclo de pequeños conciertos en el Café del Cerro, el 'Café del Perro' como lo llamaban

despectivamente los muchachos, la catedral del Canto Nuevo ubicada en la tierra santa del poncho, el vino tinto y la queja social de esos años: el barrio Bellavista. No era primera vez que actuaban ahí, siendo una de las más recordadas aquella posterior al terremoto de marzo de 1985, cuando se hizo un encuentro solidario para las víctimas en el Café y al que asistieron Los Prisioneros pese a contar con el total desprecio de los locatarios. Ante la indisimulada agresividad de la concurrencia, los pesados atacaron con ‘Nunca quedas mal con nadie’, parodia al Canto Nuevo que fue recibida con insultos del público que los sacó a la primera canción para dar paso, así, a Eduardo Gatti. Entre los garabatos hacia y desde el escenario quedó el mito de que González habría insultado en su cara a Gatti, algo que ni el prisionero ni el posible afectado han confirmado nunca, dejando el asunto circunscrito a la mitología del rock chileno”.

El pop y el rock fueron parte habitual de la parrilla programática del Café. Así lo consignan varios de los entrevistados por Emiliano Aguayo para su libro “Las voces de los 80. Conversaciones con los protagonistas del fenómeno pop-rock” (RIL Editores, Chile, 2012). Destacamos acá las opiniones de Juan Coderch (percusionista, integrante de diversas bandas fusión en los 80) y Jorge Herrera (del grupo pop Aparato Raro).

"Antes del Café del Cerro, todos los de la Universidad de Chile se juntaban en el Café Ulm, en Plaza Italia, en un segundo piso. Y el otro top era El Jardín donde tocó Quilín o el Clavito con Brain Damage. El Café del Cerro nace de estos espacios, para estas mismas personas, de esta necesidad”.

"Es un fenómeno cultural, más allá de la música, una reacción cultural. Esa fue la esencia de ese momento. O sea, mira la barbaridad que te voy a decir, pero echo de menos a Pinochet, porque en ese momento yo podía ver y sentir

efervescencia y locura por grupos chilenos. E instrumentales, además. (...) O sea, nosotros llegábamos a tocar música instrumental y había 600 cabros esperándonos y gritando. Hoy eso no existe. (...) Hoy no hay algo subterráneo, como cuando comienza a nacer el Café Ulm, antes del Café del Cerro. La gente sabía que había basura en la tele, así es que buscaba algo en otra parte, con mucha pasión. Con gente tratando de entrar a un Café del Cerro repleto, a ver tocar a alguien. Hoy es un retroceso" (Juan Coderch)

El recuerdo de Jorge Herrera es más duro:

"Me acuerdo de mi hermano, tocando en el Café del Cerro y luego Carabineros llegando y pidiendo ver las letras de las canciones y objetando algunas".

A un estilo radicalmente diferente de recuerdo pertenece la anécdota que recuerda Arlette Jecquier, vocalista de Fulano, en el libro "Mira niñita: creación y experiencias de rockeras chilenas", de Fabio Salas (Ediciones Universidad Alberto Hurtado, Chile, 2012). Demuestra la cercanía que el público tenía con los músicos en el estrecho espacio del Café:

"(...) lo bonito de los lugares chicos, [es] que uno se contesta. Me acuerdo, años, imagínate, los años del Café del Cerro, que le gritaban al Jorge [Campos] ¡tan güeno!, ¿cómo era?, ¡tan hippie y tan güeno mijito! (ríe)".

Y acompañando un registro de una tocata del cantautor Eduardo Gatti, subido a Youtube, escribe su responsable, Chelo González:

"Este es el tipo de publicación que más me gusta hacer, porque de una forma o de otra reúne todos los elementos que inspiraron la creación de este blog. Esta grabación está hecha de la consola y su sonido es buenísimo, si consideramos

los años que el casete original tiene. Otro elemento es que refleja ese ambiente que se creaba en el ya mítico Café del Cerro, la interacción y cercanía entre los músicos y el público entremezclada con la complicidad de un acto que ya era subversivo por el solo hecho de estar ahí. Yo tuve la suerte de asistir a muchísimos recitales en el Café del Cerro, trabajaba a muy pocas cuerdas de ahí y es muy probable que haya estado presente en este, a Gatti, Ortiga, Hugo Moraga, Pablo Herrera no me lo perdía nunca. Es muy interesante en esta grabación la interacción con la gente y los diálogos de Gatti, un personaje más bien retraído que no habla mucho. Algo notable es la explicación del tema Sambayé; verdaderamente desconocía que era un tema dedicado a Víctor Jara y que refleja la relación que Víctor tuvo con los Blops".

En blogs nacionales también es posible encontrar referencias. Ernesto Bustos, en la página de Radio Futuro, publica el siguiente recuerdo sobre el grupo de experimentación Fulano:

"Café del Cerro, diciembre 1989. En una salita adjunta al escenario, al lado de una barra, Cristián Crisosto y Jaime Vásquez afinan sus saxos. Arlette Jequier vocaliza antes de salir a escena. Willy Valenzuela practica con sus baquetas en un pequeño cojín de goma. Jorge Campos hace ejercicios cromáticos con su bajo. Y Jaime Vivanco observa, sólo observa el ritual, mientras conversa con el autor de esta nota. Ruido, caos sonoro, mucho caos sonoro. Minutos después, 'Adolfo Benito Augusto Toribio' suena potente, energético, al borde de la locura, sincopado y agresivo. Mucha rabia, catarsis y mucho, mucho humo de todo lo imaginable, acompañan los primeros momentos de una de las tantas tocatas que Fulano ofrecía en el histórico local de Bellavista, cuando la dictadura vivía sus últimos días y el retorno a la democracia se veía cada vez más cerca..."

"Los últimos acordes de 'La historia no me convence, sólo me atraganta' son el epílogo para una noche mágica. Nadie entiende nada, todo pasando, el aire enrarecido, una espesa nube de humo cubre por completo el local y seis músicos exhaustos que han dejado todo en el escenario, regresan al lugar donde comienza la historia: la salita adjunta, al lado de una barra".

María del Pilar Clemente, en el blog "Sitio Cero", postea el texto "¿Se acuerdan de esos días de cine?" en el cual vincula la asistencia al cine arte o la presencia en el Café del Cerro en las fiestas de salsa, estableciéndolas como un continuo de acciones contestatarias de la época:

"El cine arte fue una forma de burlar lo establecido y de protestar en contra de la hegemonía cultural de la dictadura. Los institutos Chileno Alemán y el Chileno Francés, daban ciclos gratuitos con lo mejor de su producción cinematográfica. A ellos, se sumaron el cine Normandie, el Alameda, el Biógrafo y posteriormente, el de la Universidad Católica, tanto en la Casa Central como en la Plaza Ñuñoa. La asistencia a estos lugares conllevaba otras actividades paralelas, como ir a las *Peñas*. Una de las más famosas era el "Café del Cerro", ubicada en el barrio Bellavista. En ellas, se vendía vino caliente con naranjas y empanadas o sopaipillas. La comida no era su fuerte, pero sí los cantantes, pues su temario era contestatario y urbano. Formaron la corriente denominada "Canto Nuevo", que no tenía acceso a los medios de comunicación. Eduardo Peralta, Payo Grondona, Eduardo Gatti, Felo, Schwenke y Nilo, Sol y Lluvia fueron algunos de ellos. Otra actividad que se realizaba después del cine arte, era ir a bailar salsa, danza tropical que entraba con fuerza en Chile y que tampoco era del gusto conservador, por sus orígenes cubanos".

El texto a continuación apareció en primera instancia en la página ya desaparecida “En busca del tiempo perdido” y la recuperó otra página web: “Sácate un compac”.

"El mítico Café del Cerro era más bien un punto de encuentro que un simple recinto para ver y escuchar música en vivo, pasaron por ahí lo mejor del canto nuevo, la trova, la fusión y en general los estilos musicales proscritos por la dictadura. Era un lugar donde a veces importaba más 'con quien ibas' a 'quien tocaba' ese día. Un recinto muy íntimo y pequeño donde se dio quizá uno de los momentos más mágicos del lugar con la visita del gran Spinetta en 1989. Un recital donde El Flaco tocó solo con su guitarra y al que llegaron sus incondicionales que jamás salieron del asombro de tenerlo tan cerca. Spinetta estaba presentando su disco *Tester de Violencia*, pero además de los temas del disco canto algunos clásicos de su discografía que no podían faltar. Un recuerdo de ese hermoso lugar de encuentro que desapareció sin dejar huellas y que hoy da la sensación de que jamás existió".

No está de acuerdo con ese depresivo final la columna “El Café del Cerro, nostalgia y memoria”, que Patricio Olavarría, periodista, publicara el 3 de septiembre de 2014 en el diario electrónico *El Mostrador*, a propósito del homenaje al Café organizado por la Casa de la Ciudadanía de la Municipalidad de Providencia, que por entonces dirigía. En algunos de sus párrafos se lee:

"Era el lugar en donde se tomaba el vino navegado y se hablaba de política mientras algún cantautor o cantautora situaba la música, la reflexión, y el mensaje en pos de la libertad. Admirable proceso que será beneficioso recordar, porque si hay algo que hacía del Café del Cerro un lugar apreciado, era el sentido de cooperación y solidaridad".

"(...) el ejercicio de la memoria tiene que ver con rendir tributo a la cultura, el arte, y a la democracia, que hoy, no me cabe duda está entregada en gran medida a una industria, que siúticamente hemos llamado industria creativa".

"(...) Estoy convencido que el tributo al Café del Cerro, más que un homenaje, es un merecido reconocimiento también, a quienes más de alguna vez, patearon una piedra. Y por qué no, también para los que las siguen pateando".

Hablemos de ese "ícono de los tiempos"

La trascendencia del Café como espacio contracultural, de encuentro y escenario para músicos de talento se desprende de testimonios, anécdotas y opiniones que figuran en diversos formatos de publicación, así como de las personas entrevistadas para la ocasión. Lo que sigue es una secuencia de ellas, en ningún caso excluyente.

El periodista Cristián Farías en "Felipe Camiroaga / La verdadera historia" (Aguilar, Chile, 2013), cuenta que el popular hombre de televisión frecuentó el local: "más tarde escuchó a Santiago del Nuevo Extremo y asistió a las tocatas en el emblemático Café del Cerro. Anduvo con chomba chilota y grueso gorro tejido".

Pese a lo asegurado en su nota por el periodista Luis Fuenzalida, la cantante Gloria Simonetti afirma sí haber estado sentada en sus mesas. Y no resulta tan extraño, ya que versionó una de las canciones más interpretadas en Chile del cubano Silvio Rodríguez, "Ojalá".

-Por supuesto que fui. Recuerdo los sonidos de Gatti, Congreso... y Hugo Moraga, quien tocó la guitarra en mi versión del "Ojalá". [Fue] importante por

dar un espacio en vivo a quienes no lo tenían. Comparándolo con experiencias en La Peña de los Parra, tenían en común el dar tribuna a lo nuestro y la calidad de quienes intervenían... siendo más autóctona la Peña y más snob el Café. En la Peña conocí a Manns, a los Parra -Ángel e Isabel-, a Víctor [Jara], a Rolando Alarcón. Y tomé el vinito caliente con naranja que repartía la Marta Orrego, mujer de Ángel. El Café del Cerro era más hippie chic... entre lana merino y lana cardada.

Quien sí declaró no haber sido nunca de la partida es Luis Jara. En el blog "Prestando la oreja" de Lorena Penjean, el popular cantante sostuvo el siguiente diálogo:

"Yo nunca me asomé al Café del Cerro... había mucha discriminación, la diferencia era que nosotros teníamos tribuna. ¿Te fijai que no podía identificarte políticamente y a la vez seguir con tu cuento artístico?"

"¿Por qué no ibas al Café del Cerro?"

"Es que yo tenía serios problemas de identificación con el charango, la guitarra y el bongo [sic]. A mí no me gustaba Silvio Rodríguez, a mí me gustaban Camilo Sesto, Raphael, Nino Bravo. A mí me acostumbraron a escuchar covers y ciertamente varias veces me sentí discriminado por eso, porque se veía como un arte menor, porque no importaba si cantabas bien o no, porque lo importante era "tener contenido", "cantarle al pueblo", y eso estaba muy distante de lo que yo quería para mí".

Si bien más tarde pasó a ser más compañero musical de Jara que de sus colegas del Canto Nuevo, Pablo Herrera saltó del Café a la música de los grandes sellos, la televisión y a la cultura más oficial. La primera vez que lo

hizo en el local de Bellavista fue por invitación de Hugo Moraga a uno de sus recitales. No lo olvida, en todo caso, como lo declaró en el programa "Mentiras verdaderas" de La Red.

"[Tengo] buenísimos recuerdos. Con 22, 23 años, comencé ahí. Un lugar con mucho misticismo, se juntaba gente de muchas partes. Era un lugar donde se respiraba una onda muy potente, de mucha libertad, de mucha energía, de generar un cambio en ese tiempo. Y donde se escuchaba muy buena música. Un lugar donde empecé a dar mis primeros conciertos y adquirí muchísima experiencia en lo que al futuro se refería. Porque ahí había que tocar y tocar bien. [Para mí] era bien especial, porque en el Café del Cerro se tocaba mucha música que era de protesta y yo aparezco, un chico muy joven, con canciones que básicamente hablaban del amor... Pero con esa música se empezó a llenar el local. Pero eran mis amigos músicos de ese momento, que eran más grandes que yo y yo quería aprender de ellos".

Entre quienes más de alguna vez animaron sus noches, está Miguel Davagnino. Para él, fue un espacio de encuentro importante:

-Amplió el espectro del público que buscaba reconocerse en los mensajes democráticos de la canción con sentido u otras manifestaciones artísticas y culturales y reforzar en él la necesidad de trabajar por lograr la justicia y la libertad en el país. Tomó la posta de las primeras peñas que, en condiciones adversas y poca experiencia en gestión, mantuvieron abiertos espacios a esas expresiones culturales frente a la dictadura civil y militar que trató de invisibilizarlas. Pero Mario Navarro fue más allá: aplicó gestión, administración y una oferta que incluía aspectos atractivos. No las reemplazó: abrió un nuevo espacio.

Protagonista habitual de las tocatas, Eduardo Gatti habla igualmente con propiedad:

-Fue un local que manejó su programación en una forma muy inteligente, al borde de los límites permitidos en esa época; pero sin caer en lo obvio y arriesgar su clausura. Creo que la sensatez de sus artistas y la transversalidad de su público también ayudó mucho a ello. Significó un espacio de libertad en el cual pude dar a conocer mis, en esa época, nuevas canciones sin presiones de ningún tipo. Todo mi repertorio "clásico" fue en su momento estrenado en el Café y muchas otras canciones también.

Sus palabras de hoy coinciden en esencia con lo que escribió en "La Punta del Cerro", a comienzos de los 90:

"Para mí no solamente ha sido un lugar de trabajo, sino que he llegado a sentirme como en mi propia casa. Creo que toda la gente que trabaja aquí comparte en alguna medida este sentimiento. El Café del Cerro ha sido importante en nuestro medio, porque además le ha dado espacio y lugar a muchos artistas que, si no fuera por este lugar, su proyección habría sido más difícil. Acá hay un concepto muy claro de lo que se quiere. Siempre se ha estado con las nuevas tendencias, como un lugar abierto a los cambios. Sabiendo muy bien lo que hay que conservar, pero muy atentos en incluir propuestas nuevas".

El cantautor Hugo Moraga tuvo una relación con el Café que, en su momento, fue calificada de conflictiva: le molestaba sobremanera que mientras él cantaba la gente pudiera conversar, tomar un trago o comer. Tanto era su enojo que una vez realizó su presentación con audífonos para no escuchar el murmullo

de la gente. Sin embargo, con el paso de los años, su visión apunta a valorar lo que significó ese espacio.

-Tengo la idea de que fue el campo de batalla de los músicos contra los cantantes de smoking. Era una especie de resistencia contra lo que había en el entorno, la televisión... El Café daba la posibilidad de expresar la música sin la parafernalia que había en el medio artístico y sostener la convicción de estar haciendo una música necesaria. La gente iba a escuchar cosas que no podía oír en otra parte y, pasados todos estos años, ahora veo que fue un apoyo para sentirme necesario, sentir que lo que estaba haciendo tenía un valor y que valía la pena seguir haciéndolo.

Moraga se explaya:

-Desde el punto de vista político, creo que fue sumamente importante, porque toda la gente que estuvo ahí mantuvo vivo algo que se pensaba eliminar. Y el hecho de que existiera el Café impidió que eso ocurriera. Probablemente otros boliches no hubieran tenido la capacidad de sostener eso por sí mismos. Igual era una red, pero me parece que el Café fue una punta de lanza en esta especie de marcha del canto chileno, porque alrededor suyo hubo montón de actividades: arriba estaba el Espiral, había salas de ensayo. Todo eso ayudó a mantener una idea más libre de lo que hace el canto popular.

Bárbara Hayes, que reporteo allí muchas noches, cree que el espacio fue "fundamental, un ícono de los tiempos".

-Era el lugar de encuentro que había. Además, tenía la gracia de reunir lo mejor en materia de compositores, artistas, del Canto Nuevo, de la gente que estaba en una parada distinta a la cultura oficial. Guardo la sensación de que

uno entraba allí a un mundo distinto. Era como entrar y relajarse. Uno sabía que ahí con quien se sentara a conversar probablemente pensaba de manera cercana. Era un lugar para sentirse en casa.

Su colega Rigoberto Carvajal tiene, quizá, una mirada menos complaciente, aunque igualmente valorativa.

-Con el paso de los años lo recuerdo como un lugar muy de elite, muy de grupo, de nivel cultural superior a la media. Artistas y público solíamos tener lazos de amistad y, en común, la pena dura y asfixiante de la dictadura; pero entre todos nos cobijábamos. La creación artística, el arte que ahí se generaba, era importantísimo pero era para nosotros: no tenía un eco popular que era como el objetivo. Claro que los mismos artistas del Café luego hacían tocatas en lugares más populares y por ahí se iba logrando la proyección; también con la distribución que se hacía a través de la cultura del casete pirata en ese tiempo. Obviamente debe quedar en la memoria cultural chilena por la calidad del producto artístico y por la condición en qué se generaba. Hay que estudiarlo, es muy importante analizarlo en su contexto histórico. Sus artistas, como Isabel Aldunate y Hugo Moraga, por nombrar sólo dos cuyo trabajo es de una enorme riqueza, son muy importantes. Aunque luego, casi a su totalidad, se les dejó de lado.

Moraga agrega una opinión sobre el tipo de músicos que iba al Café:

-Tengo la impresión de que se formó allí una especie de 'aristocracia' de la canción. El que llegaba ahí era que ya estaba en un nivel, en un plano ... y otros iban a postular para ir a tocar al Café y no los aceptaban porque, tal vez, no estaban en un nivel que la gente del Café consideraba que era apropiado y tocaban, a lo mejor, en esas otras partes más alternativas, más populares. Yo

toqué en muchas, también: en cosas de las universidades, en peñas... en la Peña Doña Javiera, en la Casona de San Isidro... Claro, tal vez se generó una especie de opinión de que el Café era como un lugar más destacado dentro de lo que había.

Otro que dejó su palabra por escrito, en “La Punta del Cerro”, fue Jorge González, el líder de Los Prisioneros quien, lejos de hacer gala de su impronta de descortés, reconoció la trascendencia de ese lugar que se había también abierto a ellos:

“No me parece que haya otro lugar como el Café del Cerro. Creo que todo está muy organizado, y tras este lugar hay gente seria, que hace las cosas con mucha eficacia. Es lo que uno puede esperar de una empresa alternativa. Espero que sigan siendo un lugar tan propio, tan auténtico, como lo han sido hasta ahora”.

Ya no está para entregar su testimonio de forma directa, pero Nelson Schwenke (fallecido en junio de 2012), del dúo valdiviano Schwenke y Nilo, respondió así en el blog Canto Nuevo a la pregunta de cómo era pasar de un espacio pequeño, como el Café, al Teatro Caupolicán, para la celebración de los 30 años del Canto Nuevo:

"El Café del Cerro, Rincón de Azúcar, Café Ulm, Casona de San Isidro, la Kamarundi, etc. no eran espacios pequeños. Eran inmensos espacios donde cabía todo el dolor de un pueblo que tuvo que rearmarse desde las cenizas. Donde se formó a toda una generación que nunca supo de política, de derechos humanos, de valores universales y que tuvo en esos espacios la posibilidad de aprender a vivir sin odio ni resentimientos”.

El periodista y manager de Inti Illimani, Eugenio Llona, dejó correr la pluma literariamente para describir qué le provocaba el Café en “La Punta del Cerro”:

“La primera vez que vine a Chile, una de las tantas veces en que Pinochet 'cayó', ésta en 1983, me contaron que el Barrio Bellavista era un bastión duro. Y que el Café de Cerro era un epicentro de movidas turbias, transgresoras, o sea, sospechosamente democrático. Por algo lo habían tratado de quemar cuatro veces, que 'ellos' soñaban con verlo en llamas, que, de reojo, tipos dudosos lo maldecían desde la esquina”.

"En realidad a mí me impactó no por eso, sino porque desde la primera vez que lo vi por segunda vez, de algún modo se parecía a esos puertos pequeños de Italia del sur, a algunas calles de París pobre, a lugares sin nombre que pasaron a ser determinantes, y esto, que parece siútico cuando el que lee ha estado muy lejos del asunto lejanías, es algo sumamente importante para un grupo de chilenos que se llamaron exiliados y que se mamaron por más de quince años el mundo en otros mundos”.

Trabajó allí desde antes de que abriera y lo dejó cuando cerraron la puerta para siempre. Y, aunque dice que esto no es algo en que haya pensado mucho, Víctor Hugo Romo entregó una elaborada respuesta a cuál fue la importancia del Café.

-Desde un punto de vista estrictamente político, creo que no fue una trinchera de resistencia cultural. Es más, si lo hubiese intentado se habría tenido que llamar "Instituto Bertold Brecht", haberse llenado de artistas e intelectuales anarco, punk izquierdistas y, por cierto, lo hubiesen cerrado. El Café del Cerro está más cerca de haber sido la máxima expresión de una estrategia (consciente o no) de sobrevivencia, de la idea de "normalizar", de mediatizar

todo; especialmente aquello que estaba outside: el canto popular, la risa, la rebeldía, el genuino festejo o júbilo de vivir, la posibilidad de celebrar la noche. Fue, de algún modo, la oportunidad de hacer compatible la lucha contra la dictadura con la fiesta de vivir, cantar, re-encontrarse, para volver a reír y consumir sin culpas. Fue el 'carrete inteligente', por así decirlo.

Tras lo anterior, continúa:

-Creo que su existencia ayudó a tener un lugar de expansión, más leve, menos cargado políticamente, a una gran masa de artistas que estaba inserto en la lucha dura y concreta contra Pinochet. Fue un punto de encuentro, una "boca" geográfica; la entrada del río de agua dulce al inmenso mar salado; el ascensor (el funicular) para subir a respirar a la superficie (la cumbre) antes de volver a bajar y seguir trabajando en el subterráneo, la vida de todos los días.

Recuerdos en presente

Sus habitués no lo han olvidado. Una pregunta realizada para este reportaje en Facebook, indagando recuerdos de la época del Café, dio por resultado las siguientes respuestas, que resultan interesantes ya que mezclan vivencias con reflexiones propias del público que habitualmente concurría a este local.

"Cuando regresé a Chile, a finales del 84, lo hice con mi obra 'Regreso sin causa', que trataba el tema del exilio. Asistimos una noche con Julio Jung y María Elena Duvauchelle y representamos un fragmento de la obra. Fue ahí cuando conocí por primera vez el Café del Cerro. Luego volví muchas veces. Recuerdo una noche memorable de 1985, cuando compartí mesa con las periodistas Queca Uribe, Odette Magnet, Ana María Foxley y el abogado Roberto Garretón. En el escenario Isabel Aldunate cantaba Yo te nombro

Libertad'. Como recién había llegado a Chile, tuve la impresión de estar en un lugar clandestino: poca luz, mucho humo de cigarrillo y bastante alcohol. Mucha gente. Y algo de temor flotaba en el aire, de que en cualquier momento pudiera acontecer una redada. Pese a que la conversación giraba en torno a lo que estaba ocurriendo por esos días (se señalaban cosas atroces), igual uno se sobrepone y hasta nos permitíamos hacer algunas bromas. Queda en mi memoria el coraje y la valentía de las periodistas y ni hablar del señor Garretón. Era una actitud heroica de la cual yo no tenía ninguna experiencia". (Jaime Alfonso Miranda Cordero, dramaturgo).

"Con el grupo Cantierra pasamos mucho tiempo ensayando y tocando en el Café del Cerro, incluso antes, cuando era Kaffé Ulm. ¿Que si fue importante? Sí, lo fue". (Daniel Ramírez, músico y filósofo, residente en Francia).

"Fui estudiante universitaria estadounidense muy interesada en todo lo que era la Nueva Canción y el Canto Nuevo. Logré pasar dos meses en Chile en 1983 y dos más en 1984, mediante programas universitarios. Me iba a menudo al Café del Cerro. Recuerdo el frío de la noche afuera y el calor del ambiente adentro y todo el mundo con montones de chalecos, guantes, gorros que apenas había espacio para meterlos...". (Nancy Morris, musicóloga).

"Tengo como recuerdo dos anécdotas. La primera fue una breve, pero importante, conversación en la vereda con un maestro emblemático de la canción latinoamericana. Justo ahí se instalaban algunos artesanos a vender sus creaciones; estaba mirando eso cuando se acerca un flaco pelucón y pregunta por un cintillo. Me llamó la atención el acento argentino, lo miré y ¡oh sorpresa! era el mismísimo Nito Mestre. Lo saludé y le chamullé algo, recuerdo que le pregunté por Sui Generis. La segunda es cuando volvió a Chile Patricio Manns, en la conferencia de prensa que se hizo ahí, yo le

pregunté que ahora que había regresado, considerando su canción “El equipaje del destierro”, donde decía que el exilio no le había quitado nada, si había cosas que si le habían arrebatado... Él me respondió que agradecía la pregunta, porque mostraba que las generaciones jóvenes conocían de su obra, y que después de estar poco más de un día en Santiago podía decir que sí, algo le habían quitado al exiliarlo: el cañonazo de las 12 desde el cerro Santa Lucía". (Hugo Soiza, comunicador social).

"El Payo Grondona era artista 'consuetudinario' Siempre que podía lo iba a ver. Su irónico humor era notable. También llevé a mi hija Pamela -hoy cuarentona, entonces de 14 años- al debut de Los Prisioneros. Fue el lanzamiento de su segundo disco, pero la gente les pedía temas como “La voz de los ochenta y otros”. Hasta que Jorge paró la tocata y gritó: '¿no entendieron que es el lanzamiento de un nuevo disco?' Silencio al principio. Aplausos después. Siguió la tocata y los picados le siguieron pidiendo “La voz de los ochenta”. El Jorge no engancho y se dedicó a tirarle besos a una chica llamada Claudia y, entre canción y canción, le gritaba 'te amo'. Mi hija disfrutó la presentación pero lo encontró desubicado por retar al público y hacer declaraciones de amor". (Nelda Shields, terapeuta).

"Soy de aquella generación para quienes el Café del Cerro era un balón de oxígeno, un escapismo entre tanta miseria, miedo y crímenes a los que nos sometía la dictadura. Uno esperaba esos viernes y sábados para ir. Tengo una foto arriba del escenario con ese telón de fondo inolvidable. Hay cosas que se quedan grabadas y para mí lo es ese telón de fondo del escenario con la imagen de la virgen del Cerro San Cristóbal y las letras del café, que eran curvilíneas al cerro". (Cristián Bustos, periodista deportivo).

"Fue un emblemático lugar, cuando Bellavista no era el Bellavista de hoy; y donde a través de la música y la cultura hacíamos la resistencia a la dictadura. Noches y veladas inolvidables de solidaridad, amistad y compañerismo. Gracias Café del Cerro, lugar de encuentro y de esperanza en momentos dolorosos de nuestra historia". (Jorge Andrés Richards, periodista).

"Recuerdo el año 83. El [Nelson] Schwenke invitando a consumir en el intermedio, recomendando el 'navegao': 'Si le dicen "vino caliente"?, no se ofenda, es el navegao'. Recuerdo que los Santiago del Nuevo Extremo (la formación que grabó el disco *A mi ciudad*), rato después de terminado el recital volvían a subirse al escenario a tocar boleros, milongas y otros como Los del Charco". (Carlos Bennett Ballacey, poeta).

"Yo fui a ver a Los Prisioneros en el inicio de su carrera, porque le gustaban a la hija de una amiga que los escuchaba en un casete bien artesanal. Nos sentimos como abuelitas. Éramos las únicas mayores de 30. Fue una experiencia bien distinta a las que antes había tenido en el Café, porque iba mucho, pero me encantó". (Nélida Orellana, periodista).

"Me acuerdo de un sorpresivo concierto de Spinetta en 1989. Fue muy unplugged, inolvidable y con los años llegó a mis manos la grabación en CD, así que la escucho y rememoro, con todos sus comentarios además de su música (fue un recital muy íntimo), sus ironías sobre el amor/odio chileno argentino. Me emociona haber estado allí". (Elisa Cárdenas Ortega, periodista).

"Mi relación con el Café del Cerro partió con la venta de espacios publicitarios en el Fortín Mapocho, aunque a Mario Navarro lo había conocido debido a las amplificaciones que hacía para los diversos actos políticos. El proyecto del Café causó gran impacto entre el medio cultural y político, el público que allí

asistía era de la Plaza Baqueano para arriba, el lugar era hermoso con sus luces, pero siempre sentía una diferencia social. Igual a mí me gustaba quedarme a ver parte del espectáculo, y era bien recibida por Mario y Maggie [Marjorie]. Pero debo reconocer que prefería las Peñas, allí éramos más cercanos los que asistíamos". (María Inés Valencia, bibliotecaria).

¿Por qué cerró el Café?

1992. Formalmente, la democracia ha regresado a Chile, hace cerca de dos años.

Luego de triunfo del NO, y de la llegada de Patricio Aylwin a la presidencia de Chile, grandes expectativas culturales y artísticas se abrieron.

Los músicos y artistas en general -también los propietarios del Café- vivían un momento de grandes esperanzas de trabajo y difusión. Se previó un futuro boom, en el que el Café del Cerro podría pasar a ser uno más, dentro de una larga serie de múltiples y diversos escenarios. Por lo tanto, su existencia no sería ya necesaria, implicando aquello una posible declinación de su convocatoria. Lo anterior, unido a una muy interesante oferta económica por la propiedad del local, decidió su cierre.

Así las cosas, en enero de 1992 fue distribuida una invitación a compartir el cierre del emblemático espacio. Decía:

“Porque nos gusta la jarana

“Porque nos vamos con la música a otra parte

“Porque hay que despedir el hogar que nos cobijó por 10 años.

“Porque bailar, reír y zapatear no le hace mal a nadie y porque eres más amigo que enemigo.

“Por todo eso y por otras cosas inenabrables, te invitamos a rocanrolear, salsear, cumbiar, merenguear, huainiar, trotar, valsear, sau-saear, y a compartir un minué.

“Sábado 1º de febrero 1992. A las 23⁰⁰hrs. en el mismo local de siempre”.

Tal como el texto de la tarjeta, la despedida no fue triste. Había esperanza.

Pero la apertura, para los artistas que poblaron de música las noches del Café, y que fueron grandes opositores al régimen militar, nunca llegó. Y el espacio democrático y libertario que constituyó el Café del Cerro no fue llenado por una iniciativa similar. En la tesis “El canto nuevo censurado” de Francisca Rojas y Francisca Salinas, Mario Navarro reflexiona sobre el cierre de locales y de medios, en los años noventa.

"Al regreso de la democracia se va el Fortín Mapocho, se va La Época, se va el Apsi, se va el Análisis, se va el Cauce, se va Pluma y Pincel, se va la Bicicleta, que podría haber sobrevivido. Y ese es un fenómeno... si eso desaparece, ¿qué queda para el Canto Nuevo?"

Miguel Davagnino hace una reflexión compleja al respecto.

-El que hoy no exista el Café del Cerro, da cuenta del éxito de la política aplicada por la dictadura, en el sentido de priorizar la entretención vacua por sobre las manifestaciones culturales que nos dan identidad, apoyada por una parte importante de los medios y que se mantiene hasta hoy. Esta situación tiene un efecto transversal y corresponde a políticas que buscan quitarle

sentido crítico a la población y llevarla a priorizar contenidos que las alejan de sus propios intereses y necesidades. En la educación, la rebaja de horas de asignaturas humanistas y la ausencia de Educación Cívica, son un ejemplo.

Y sigue reflexionando:

-Este es un fenómeno mundial que permite que los pueblos no entiendan cómo se manejan los contenidos políticos en éste y otros ámbitos. En Chile, no se concretaron las perspectivas que existían en cuanto a un mayor desarrollo de la actividad cultural con el fin de la dictadura; así como en el periodismo significó la desaparición de medios claves en la lucha contra ella. Otro aspecto es que tanto el Café como las peñas y otros, fueron, además de espacios culturales, lugares de encuentros sociales y políticos ante la prohibición de los habituales en democracia, que se abrieron con la llegada de gobiernos elegidos democráticamente.

Por vías también profundas transita el pensamiento de Víctor Hugo Romo:

-Como todo en aquellos años, el contexto entraba a lo más profundo de nosotros. Y se puede hacer un paralelo entre la historia del Café del Cerro con nuestras propias historias personales y, por supuesto, con la historia nacional. El Café surge en medio del optimismo político, donde todo era posible, el futuro se veía esplendoroso, la creatividad e imaginación desbordaban, con una parrilla musical en desarrollo, con hitos y fenómenos comunicacionales que habían logrado correr el cerco: Los Prisioneros, Gatti, Pablo Herrera son una buena expresión de esto”.

Y finaliza:

-Dado que toda efervescencia llega a su máxima ebullición y luego comienza a declinar, el Café muere cuando en nosotros también algo muere; quizás cuando nos descubrimos sin saber qué hacer o dónde esconder el hábito que teníamos de pelear cada día. El Café muere solitariamente, como también muere en solitario nuestra esperanza de lograr algo mejor, cuando nos damos cuenta de que el resultado de nuestra lucha -aquello por la que apostamos la vida- no había sido más que una sombra de lo deseado. No era el surgimiento de un mundo mejor, sino solamente el surgimiento de un mundo posible, donde el primer paso que íbamos a dar era simplemente dejar de morir; donde se podría encarcelar a los asesinos, pero no callarlos; atar los perros, pero seguir escuchando sus ladridos. En el fondo-fondo, todo lo que veíamos era una fotocopia del proyecto de país que nos hubiese gustado tener. El Café dejó de existir cuando dejó de ser necesario, porque no había ninguna lucha de la cual descansar.

Su frase puede sonar depresiva, pero alude al espíritu de la época, de los ochenta, muy diferente al que se respira en la actualidad en Chile. De la actitud aterrorizada y pasiva de comienzos de los setenta, mucha gente había pasado a levantar la cabeza, a soñar, y a bregar por un futuro mejor, con libertad y su terror. La música fue, para una buena cantidad de esas personas, un refugio en el que sacar fuerzas de flaqueza.

En esa lógica, los testimonios presentados son una prueba de la importancia que tuvo el Café del Cerro como espacio de encuentro, como lugar donde los sueños estaban permitidos.

**ANEXOS
PUBLICACIONES
PRENSA**

Publicaciones del Café del Cerro
Afiches y revista La Punta del Cerro



Programas



Convocatoria Primer Encuentro Nacional de Cantautores y prensa

LA BILOGIA
JUNIO 1983

PRIMER ENCUENTRO NACIONAL DE CANTAutoRES

El primer Encuentro Nacional de cantautores se realizará el día 14 de junio y hasta el 18 de julio en el Café del Cerro (Ernesto Pantoja Lagartigue 192). Este encuentro será de carácter no competitivo y se desarrollará los días lunes a las 9 de la noche con un programa distinto cada vez que incluirá a cuatro de los más destacados cantautores que hoy día participan en una búsqueda común de formas melódicas y poéticas que identifiquen al hombre actual, así como a la época en que vive.

El primer Encuentro Nacional de cantautores se realizará el día 14 de junio y hasta el 18 de julio en el Café del Cerro (Ernesto Pantoja Lagartigue 192). Este encuentro será de carácter no competitivo y se desarrollará los días lunes a las 9 de la noche con un programa distinto cada vez que incluirá a cuatro de los más destacados cantautores que hoy día participan en una búsqueda común de formas melódicas y poéticas que identifiquen al hombre actual, así como a la época en que vive.

El lunes se inició "Encuentro Nacional" de músicos jóvenes

Cientos de músicos jóvenes repletaron la noche del lunes 13 de junio en el "Encuentro Nacional de Cantautores" para iniciar las actividades de este primer Encuentro Nacional de Cantautores.

En el Café del Cerro, en la calle de la Libertad, se realizó el primer Encuentro Nacional de Cantautores. Cada uno realizó un pequeño recital con sus canciones más representativas de su repertorio.

En la presentación de cada uno de ellos, se escuchó a artistas todos los días que durará el mes de junio y julio. Entre los artistas que participaron en el primer Encuentro Nacional de Cantautores se encuentran: Oscar Carrasco, Guillermo Basterrech, Osvaldo Ley, Nelson Schwabe, Luis Guzmán, Pablo Herrera, Rafael Araya, Pato Valdivia, Eduardo Yáñez, Marcelo González, Juan Carlos Pérez, Hector Molina, Rudy Windmayer, Hugo Ortega, Pablo Ugarté, Álvaro Godoy, Genaro Sandoval, Norman Ilie y Cristina.

Eduardo Perla, Julio Zegers, Florencia Motto y Tita Parra.

Mario Navarro A.
Productor

LAS ULTIMAS NOTICIAS
MIÉRCOLES 15 de JUNIO de 1983

Cantautores: "Incesante Búsqueda Artística"

El lunes se inició "Encuentro Nacional" de músicos jóvenes.

El lunes 13 de junio se inició el primer Encuentro Nacional de Cantautores en el Café del Cerro. Cientos de músicos jóvenes repletaron la noche del lunes 13 de junio en el "Encuentro Nacional de Cantautores" para iniciar las actividades de este primer Encuentro Nacional de Cantautores.

En el Café del Cerro, en la calle de la Libertad, se realizó el primer Encuentro Nacional de Cantautores. Cada uno realizó un pequeño recital con sus canciones más representativas de su repertorio.

En la presentación de cada uno de ellos, se escuchó a artistas todos los días que durará el mes de junio y julio. Entre los artistas que participaron en el primer Encuentro Nacional de Cantautores se encuentran: Oscar Carrasco, Guillermo Basterrech, Osvaldo Ley, Nelson Schwabe, Luis Guzmán, Pablo Herrera, Rafael Araya, Pato Valdivia, Eduardo Yáñez, Marcelo González, Juan Carlos Pérez, Hector Molina, Rudy Windmayer, Hugo Ortega, Pablo Ugarté, Álvaro Godoy, Genaro Sandoval, Norman Ilie y Cristina.

Eduardo Perla, Julio Zegers, Florencia Motto y Tita Parra.

Mario Navarro A.
Productor

RECITAL
14 de Septiembre 1983

Arte y Espectáculos

Cantautores en barbecho

Iniciativa de "Café del Cerro" y radio "Galaxia" promueve a jóvenes valores del Canto Nuevo.

Distintos temas, ritmos, estilos e interpretaciones caracterizan a la primera generación de autores e intérpretes.

Algunos acudieron a la cita, con cierto desinterés. Otros en cambio mostraron un interés por conocer a los nuevos valores del Canto Nuevo. Entre los artistas que participaron en el primer Encuentro Nacional de Cantautores se encuentran: Oscar Carrasco, Guillermo Basterrech, Osvaldo Ley, Nelson Schwabe, Luis Guzmán, Pablo Herrera, Rafael Araya, Pato Valdivia, Eduardo Yáñez, Marcelo González, Juan Carlos Pérez, Hector Molina, Rudy Windmayer, Hugo Ortega, Pablo Ugarté, Álvaro Godoy, Genaro Sandoval, Norman Ilie y Cristina.

Eduardo Perla, Julio Zegers, Florencia Motto y Tita Parra.

Mario Navarro A.
Productor

LAS ULTIMAS NOTICIAS
MIÉRCOLES 14 de JULIO de 1983

Junio y Julio: Meses de Cantautores

El "Café del Cerro" inicia el lunes 13 un "Encuentro Nacional" con los artistas jóvenes que expresan el movimiento musical chileno.

El primer Encuentro Nacional de Cantautores se realizará el día 14 de junio y hasta el 18 de julio en el Café del Cerro (Ernesto Pantoja Lagartigue 192). Este encuentro será de carácter no competitivo y se desarrollará los días lunes a las 9 de la noche con un programa distinto cada vez que incluirá a cuatro de los más destacados cantautores que hoy día participan en una búsqueda común de formas melódicas y poéticas que identifiquen al hombre actual, así como a la época en que vive.

El primer Encuentro Nacional de cantautores se realizará el día 14 de junio y hasta el 18 de julio en el Café del Cerro (Ernesto Pantoja Lagartigue 192). Este encuentro será de carácter no competitivo y se desarrollará los días lunes a las 9 de la noche con un programa distinto cada vez que incluirá a cuatro de los más destacados cantautores que hoy día participan en una búsqueda común de formas melódicas y poéticas que identifiquen al hombre actual, así como a la época en que vive.

El lunes se inició "Encuentro Nacional" de músicos jóvenes

Cientos de músicos jóvenes repletaron la noche del lunes 13 de junio en el "Encuentro Nacional de Cantautores" para iniciar las actividades de este primer Encuentro Nacional de Cantautores.

En el Café del Cerro, en la calle de la Libertad, se realizó el primer Encuentro Nacional de Cantautores. Cada uno realizó un pequeño recital con sus canciones más representativas de su repertorio.

En la presentación de cada uno de ellos, se escuchó a artistas todos los días que durará el mes de junio y julio. Entre los artistas que participaron en el primer Encuentro Nacional de Cantautores se encuentran: Oscar Carrasco, Guillermo Basterrech, Osvaldo Ley, Nelson Schwabe, Luis Guzmán, Pablo Herrera, Rafael Araya, Pato Valdivia, Eduardo Yáñez, Marcelo González, Juan Carlos Pérez, Hector Molina, Rudy Windmayer, Hugo Ortega, Pablo Ugarté, Álvaro Godoy, Genaro Sandoval, Norman Ilie y Cristina.

Eduardo Perla, Julio Zegers, Florencia Motto y Tita Parra.

Mario Navarro A.
Productor

LA TROMBA
VIÉRTES 14 de JULIO de 1983

LA FLOR DE LOS CANTAutoRES EN PRIMER ENCUENTRO NACIONAL

El primer Encuentro Nacional de Cantautores se realizará el día 14 de junio y hasta el 18 de julio en el Café del Cerro (Ernesto Pantoja Lagartigue 192). Este encuentro será de carácter no competitivo y se desarrollará los días lunes a las 9 de la noche con un programa distinto cada vez que incluirá a cuatro de los más destacados cantautores que hoy día participan en una búsqueda común de formas melódicas y poéticas que identifiquen al hombre actual, así como a la época en que vive.

El primer Encuentro Nacional de cantautores se realizará el día 14 de junio y hasta el 18 de julio en el Café del Cerro (Ernesto Pantoja Lagartigue 192). Este encuentro será de carácter no competitivo y se desarrollará los días lunes a las 9 de la noche con un programa distinto cada vez que incluirá a cuatro de los más destacados cantautores que hoy día participan en una búsqueda común de formas melódicas y poéticas que identifiquen al hombre actual, así como a la época en que vive.

El lunes se inició "Encuentro Nacional" de músicos jóvenes

Cientos de músicos jóvenes repletaron la noche del lunes 13 de junio en el "Encuentro Nacional de Cantautores" para iniciar las actividades de este primer Encuentro Nacional de Cantautores.

En el Café del Cerro, en la calle de la Libertad, se realizó el primer Encuentro Nacional de Cantautores. Cada uno realizó un pequeño recital con sus canciones más representativas de su repertorio.

En la presentación de cada uno de ellos, se escuchó a artistas todos los días que durará el mes de junio y julio. Entre los artistas que participaron en el primer Encuentro Nacional de Cantautores se encuentran: Oscar Carrasco, Guillermo Basterrech, Osvaldo Ley, Nelson Schwabe, Luis Guzmán, Pablo Herrera, Rafael Araya, Pato Valdivia, Eduardo Yáñez, Marcelo González, Juan Carlos Pérez, Hector Molina, Rudy Windmayer, Hugo Ortega, Pablo Ugarté, Álvaro Godoy, Genaro Sandoval, Norman Ilie y Cristina.

Eduardo Perla, Julio Zegers, Florencia Motto y Tita Parra.

Mario Navarro A.
Productor

LAS ULTIMAS NOTICIAS
MARTES 26 de JULIO de 1983

"Café Completo" Terminó el Primer Encuentro de Cantautores

El primer Encuentro Nacional de Cantautores se realizó el día 14 de junio y hasta el 18 de julio en el Café del Cerro (Ernesto Pantoja Lagartigue 192). Este encuentro será de carácter no competitivo y se desarrollará los días lunes a las 9 de la noche con un programa distinto cada vez que incluirá a cuatro de los más destacados cantautores que hoy día participan en una búsqueda común de formas melódicas y poéticas que identifiquen al hombre actual, así como a la época en que vive.

El primer Encuentro Nacional de cantautores se realizará el día 14 de junio y hasta el 18 de julio en el Café del Cerro (Ernesto Pantoja Lagartigue 192). Este encuentro será de carácter no competitivo y se desarrollará los días lunes a las 9 de la noche con un programa distinto cada vez que incluirá a cuatro de los más destacados cantautores que hoy día participan en una búsqueda común de formas melódicas y poéticas que identifiquen al hombre actual, así como a la época en que vive.

El lunes se inició "Encuentro Nacional" de músicos jóvenes

Cientos de músicos jóvenes repletaron la noche del lunes 13 de junio en el "Encuentro Nacional de Cantautores" para iniciar las actividades de este primer Encuentro Nacional de Cantautores.

En el Café del Cerro, en la calle de la Libertad, se realizó el primer Encuentro Nacional de Cantautores. Cada uno realizó un pequeño recital con sus canciones más representativas de su repertorio.

En la presentación de cada uno de ellos, se escuchó a artistas todos los días que durará el mes de junio y julio. Entre los artistas que participaron en el primer Encuentro Nacional de Cantautores se encuentran: Oscar Carrasco, Guillermo Basterrech, Osvaldo Ley, Nelson Schwabe, Luis Guzmán, Pablo Herrera, Rafael Araya, Pato Valdivia, Eduardo Yáñez, Marcelo González, Juan Carlos Pérez, Hector Molina, Rudy Windmayer, Hugo Ortega, Pablo Ugarté, Álvaro Godoy, Genaro Sandoval, Norman Ilie y Cristina.

Eduardo Perla, Julio Zegers, Florencia Motto y Tita Parra.

Mario Navarro A.
Productor

Segundo registro fonográfico con Sello Alerce



Selección de recortes de prensa
Canto Nuevo

REPORTAJE
CAFÉ del CERRO
La oposición cultural
'El fenómeno de izquierda, fuerza y creciente, quizás beneficiado para muchos que participan de él'

El Regreso del Trovador de "El Bosco"
Por el autor
Pablo Grondona

PERSONALES
"Volver a ser yo..."
... en mi propia casa. A eso regresó el cantautor
Pablo Grondona después de nueve años.
CULTURA

SALUD
CANTAUTORES... EN LIBRE PLÁTICA
Entre ellos, Pablo Grondona, Luis Izuel y Eduardo Gatti.

CANTAUTORES...
Y en la página 12
Pablo Grondona, Luis Izuel y Eduardo Gatti.

ESTRELLAS Y ASTROS
AGUIESTA LA PAPA
La Isabel Aldunate le pega a la protesta con guitarra y versos

REVISTA PAPA Y PAPA
JUNIO DE 1993
MUSICA
Eduardo Gatti: BRILLANTE, MARGINAL Y SUBTERRANEO

AGENCIA DE RECORTES
Prensa-COR
En el Café del Cerro partió "Desde..."
Programa fue presentado a los ejecutivos de TV Nacional.

Otros estilos

Esta noche en el Café del Cerro
Los Prisioneros libran nueva cassette

Se anticipa y corrobora el nombre del segundo cassette de Los Prisioneros, que será "Los Prisioneros", que sale a la venta el día 22 de mayo.

El material será a las 22.00 horas y se lanzará en un formato de cassette. Este formato es el que se usará en la nueva producción, a diferencia de la que en los "70" - cuando se usó el vinilo - se usó el formato de cassette.

El material será a las 22.00 horas y se lanzará en un formato de cassette. Este formato es el que se usará en la nueva producción, a diferencia de la que en los "70" - cuando se usó el vinilo - se usó el formato de cassette.

Los Prisioneros en su presentación en el Café del Cerro. Los Prisioneros en su presentación en el Café del Cerro.

"Pateando piedras" inician sus recitales...

Se dio inicio a la segunda noche de "Los Prisioneros" en el Café del Cerro. El grupo de músicos se presentó a las 22.00 horas, con un repertorio que incluye "Pateando piedras", "Los Prisioneros" y "Los Prisioneros".

El grupo de músicos se presentó a las 22.00 horas, con un repertorio que incluye "Pateando piedras", "Los Prisioneros" y "Los Prisioneros".

LAS ULTIMAS NOTICIAS
VIERNES 1º de ABRIL de 1983

81 AÑOS AL SERVICIO DE USTED
Hoy: lo Mejorcito Del Jazz Criollo

Actuará Mario Lecaros, de paso en Chile

Mario Lecaros es un nombre poco conocido en el mundo musical chileno. Sus hermanos Roberto y Julio, sin embargo, tienen ya un sólido prestigio como músicos en general y jazzistas en particular. En lo que respecta a Mario, no cabe decir que Mar-

rio no tenga más de un centavo recorrido, entre otros, en Chile y Argentina. Claro que lo tiene, pero lo tiene en Chile, en España, principalmente en Barcelona, donde ha compartido conjuntos y

recuerdos con los más importantes cultores de jazz popular de Chile. De paso por Chile y para de realizar un agendario donde compartirá su experiencia con músicos y compositores de jazz de Chile y Argentina. El próximo será en Valparaíso, el día 10 de mayo. El próximo será en Valparaíso, el día 10 de mayo. El próximo será en Valparaíso, el día 10 de mayo.

ESPECTACULOS
Luz Eliana: "Quería volver a los escenarios con jazz"

La cantante, de poca actividad en el último tiempo, Luz Eliana, se dedica a esta música. Son cinco canciones que se estrenarán en su nuevo repertorio.

La cantante, de poca actividad en el último tiempo, Luz Eliana, se dedica a esta música. Son cinco canciones que se estrenarán en su nuevo repertorio.

AGENCIA DE RECORTES
PRENSA - COR

EL MERCURIO SANTIAGO
26 MAR. 1980

Pablo Herrera Muestra Sus Primeras Creaciones

Un concierto acústico, con temas del álbum "Desertar", realizado en el Café del Cerro, a las 22.00 horas. El grupo de músicos se presentó a las 22.00 horas, con un repertorio que incluye "Pateando piedras", "Los Prisioneros" y "Los Prisioneros".

Mariana Prat Quiere Atrapar El Encanto de los Burdeles

En su show "Canciones de los Bajos Fondos", que se realiza hoy en el Café del Cerro, a las 22.30 horas. Con sus presbitas, cachés y amantes dolidos, vuelve a la misma sala antigua y el tango.

En su show "Canciones de los Bajos Fondos", que se realiza hoy en el Café del Cerro, a las 22.30 horas. Con sus presbitas, cachés y amantes dolidos, vuelve a la misma sala antigua y el tango.

Artistas extranjeros

AGENCIA DE RECORTES
PRENSA - COR

EL MERCURIO SANTIAGO
6 ABR. 1980

JUAN CARLOS BAGUETTO
"Todos Necesitamos que Nos Ayuden a Mirar"

El cantante argentino presenta temas de su último álbum y sus antiguas creaciones en el Café del Cerro.

El cantante argentino presenta temas de su último álbum y sus antiguas creaciones en el Café del Cerro.

AGENCIA DE RECORTES
PRENSA - COR

EL MERCURIO SANTIAGO
23 JUN. 1980

Imagen + Sonido
Desenfado Uruguayo

El grupo de músicos se presentó a las 22.00 horas, con un repertorio que incluye "Pateando piedras", "Los Prisioneros" y "Los Prisioneros".

AGENCIA DE RECORTES
PRENSA - COR

EL MERCURIO SANTIAGO
4 ABR. 1980

Imagen + Sonido
Intenso Cantautor

El grupo de músicos se presentó a las 22.00 horas, con un repertorio que incluye "Pateando piedras", "Los Prisioneros" y "Los Prisioneros".

Teatro y humor

En Café del Cerro

Orietta Escámez le ha dicho "Yo Mujer" a 5 mil personas

Próxima a completar su segundo mes de exitosas presentaciones, sigue en cartela "Yo mujer". Además de haberse transformado en uno de los espectáculos del verano recién pasado, ha sido particularmente vista y aplaudida por los actores de diversas generaciones.

Destacan entre ellos Agustín Siré, Roberto Parada, Virginia Fischer entre los de la vieja guardia, Sandra Soltano, Ramón Farías, Norma Ortiz, Carlos Mattaró, Carlos Venzuela, entre los nuevos.

También ha sido aplaudida por selectos y variados artistas e intelectuales, como Nemesio Antez, Patricio Bustar, Isidora Aguirre, Abel Carrizo, Edgardo Beninger, Angel Fisfich, Luis Sánchez Latore, Alfonso Alcalá, los agragados culturales de Italia y España.

Como anecdota especial, se puede comentar la curiosa situación producida con la risa de Roberto Parada al término del número dedicado a la stripiera, que es uno de los favoritos del público. Todo el mundo se contagiò con la risa de Parada, que además repete jocosamente y con su voz potente el nombre artístico de esta vedette-imaginista Orietta Escámez.

La Roi. Así las cosas, la risa continuaba multiplicándose en exclamaciones y formas, debiéndose esperar por largos minutos y a oscuras para continuar con el espectáculo.

LA TERCERA 29/3/86

El Mercurio
19 de Marzo de 1985

Humor y Amor Basado En Obra de Benedetti

El actor Tolo Sazatorri, presenta un periodo melancólico, en el Café del Cerro su creación teatral.

"Cuando al epilogo me he visto" se llama la obra presentada, que se desarrolla en un espacio teatral que ha sido adaptado a la obra de su autor, el poeta y dramaturgo uruguayo, Juan Carlos Benedetti. El actor Tolo Sazatorri, quien ha trabajado en teatro, televisión y cine, se presenta en esta obra, que es una adaptación de su obra "Cuando me he visto" a los años del exilio.

Con una ambientación de repertorio, que se desarrolla en un espacio teatral que ha sido adaptado a la obra de su autor, el poeta y dramaturgo uruguayo, Juan Carlos Benedetti. El actor Tolo Sazatorri, quien ha trabajado en teatro, televisión y cine, se presenta en esta obra, que es una adaptación de su obra "Cuando me he visto" a los años del exilio.

La obra se presenta en funciones de pre estreno sin haberse visto. Acompañado por una orquesta de cámara, con la dirección de Tolo Sazatorri. También se han realizado presentaciones en Valdivia y Temuco con la misma.

EL MERCURIO
DOMINGO 3 de ABRIL de 1985

El Cristo de Elqui Al Café del Cerro

El martes 18 de marzo se reestrenó "El Cristo de Elqui" de Néstor Parra en el Café del Cerro.

Una fábula que ha preparado la compañía de teatro "El Cristo de Elqui" para ser presentada en teatro a quienes tienen ojos y oídos en un ambiente serio. Esta obra es un homenaje a los que han creído en lo que se cree y a los que se creen en lo que se cree.

Los datos para encontrar mejor al personaje se los proporciona un amigo del Cristo de Elqui que se llama Tolo Sazatorri por que el que dirige esta obra es un ensayador de teatro llamado Tolo Sazatorri.

La obra se presenta en funciones de pre estreno sin haberse visto. Acompañado por una orquesta de cámara, con la dirección de Tolo Sazatorri. También se han realizado presentaciones en Valdivia y Temuco con la misma.

LA TERCERA
Miércoles 11 de Enero

Con su "Neruda, déjame cantar por tí" A tablero vuelto se despidió Franklin Caicedo

Ni el mismo actor lo podía creer. Más de 300 personas, en una sala con capacidad para 200, visitaron con Franklin Caicedo y su monólogo "Neruda, déjame cantar por tí" donde dramatiza 16 poemas del Premio Nobel chileno.

Junto con actores, cuenta las anécdotas que el mismo poeta escribió para explicar el origen de sus obras. Estos textos están salpicados de humor y son bastante orientados para conocer a Neruda y su personalidad.

Poema 20, Farewell, Tu risa, Oda al día feliz, Oda al hombre sencillo, El amor, La muerte, La pobreza, entre otras, cobraron vida en la voz de Franklin Caicedo, quien durante una hora y media mantuvo la expectativa de los asistentes que llenaron el Café del Cerro.

Acompañado sólo por un vaso de vino, el actor entregó a un poeta más humanizado, haciendo olvidar la monotonía que él tenía para leer sus escritos.

Al final del espectáculo, el artista se sorprendió más aún del cariño del público. Precisamente la mayoría de los asistentes se acercó a saludarlo, junto con recibir varias tarjetas.

"Esto es extraordinario. Siento una calidez que no se puede percibir en el extranjero. Hay un reencuentro demasiado grande. Siento que la dedicación es muy grande", expresa.

"La gente agregó no me conocía y mea cómo se van diciéndome cosas increíbles".

Esto no tiene prácticamente nada que ver con la recepción de hace cinco años, cuando presentó "El emperador Gynt" en el teatro Petropól. "Eso fue muy en subterráneo, con muy poca promoción."

FRANKLIN CAICEDO entrega un vaso más humanizado de la poesía neerlandesa.

Ahora algo pasó con esto, que llegó, había que preguntárselo a la gente. Lo que yo traje cayó en un caldo de cultivo propicio."

"Neruda, déjame cantar por tí" lo presentó durante un año en Buenos Aires en distintos cafés concert. Se demoró tres meses en prepararlo, porque ya conocía los poemas. "En ese entonces estaba todo el problema del Beagle. Sentí la necesidad de hacer algo que hablara en contra de ese conflicto".

Prensa extranjera

FARO DE VIGO
Decano de Galicia

Chile: psicoanálisis de una nación

LOS VIGOS TIENEN AL TIEMPO SI PORQUE CHILENAS Y PORQUE CHILENAS

El artículo discute el psicoanálisis de Chile, mencionando a autores como Freud y Lacan, y cómo se aplica a la cultura chilena.

THE NEW YORK TIMES
WEDNES 3 de JULIO de 1985

Edward Yáñez staging about the arms race during performance at the Café del Cerro in Santiago, Chile.

Music Sparks Political Protest of Chile Youth

By EDWARD SCHIMMACHER


SANTIAGO, Chile, July 1—A popular Chilean folk singer was yesterday singing a love ballad, but it was the fact that the audience was protesting by clapping. The line was a play on the Chilean proverb call, "As in the 1950's in the United States the culture of young people and the music has grown here over the last two years to become a driving force behind the current protest by Chilean youth."

He was an example of the growing popularity of what is called "canto nuevo" or "new song," a music of protest and a search for roots that reflects a political reawakening among Chilean young people.

As in the 1950's in the United States the culture of young people and the music has grown here over the last two years to become a driving force behind the current protest by Chilean youth.

Continued on Page 4, Column 1

Invitación al cierre del Café del Cerro



PORQUE NOS GUSTA LA JARANA
 PORQUE NOS VAMOS CON LA MUSICA A OTRA PARTE
 PORQUE HAY QUE DESPEDIR EL HOGAR QUE NOS COBIJO
 POR 10 AÑOS.
 PORQUE BAILAR, REIR Y ZAPATEAR NO HACE MAL
 Y PORQUE ERES 'MAS AMIGO QUE ENEMIGO.
 POR TODO ESO Y OTRAS COSAS INNOMBRABLES
 TE INVITAMOS A ROCANROLEAR, SALSEAR, COMBIAR,
 MERENGUEAR, HUAINIAR, TROTAR, VALSEAR, SAU-SAER,
 Y A COMPARTIR UN MINUE.

PERSONAL e INTRANSFERIBLE

SABADO 1 Febrero 1992.- A LAS 23⁰⁰ HRS. EN EL MISMO LOCAL DE SIEMPRE

VALE POR UN TRAGO

Publicaciones recientes

